Alfonso Martínez Rizo
1945.
EL ADVENIMIENTO DEL COMUNISMO LIBERTARIO

Publicada en 1933, *1945. El advenimiento del Comunismo Libertario* es una obra de ciencia ficción de historia alternativa que podríamos, una vez pasada ya la fecha a la que se refiere, calificar como una retrotopía, es decir una utopía escrita en el pasado para una fecha que ya ha rebasado la línea del tiempo.

Estaríamos, pues, en el mismo caso que en *1984* de George Orwell, hecha la salvedad de que la novela de éste último no es una utopía, sino una distopía.

1945, es una utopía, es decir un sueño hermoso que aún no se ha realizado, y cosa curiosa, si bien el anarcosindicalismo español, no se adhiere a la descripción bucólico-ruralista del Comunismo Libertario propugnada por el doctor Isaac Puente, hasta el Congreso de Zaragoza de 1936, está claro que este libro había colaborado como el de Puente a forjar en las mentes de los trabajadores españoles lo que a partir de aquel 19 de julio sería la autogestión urbanita de la industria en el bando republicano.

Así como *1984*, contribuyó con los horrores que describía a evitar que ese modelo de sociedad se materializase una vez alcanzada la fecha fatídica, podemos decir que *1945* también contribuyó, pero esta vez, a que lo que Rizo describía se materializase en la Revolución española de 1936.

A. Martínez Rizo
1945
el advenimiento del comunismo
RENAU

Alfonso Martínez Rizo

1945

EL ADVENIMIENTO DEL COMUNISMO LIBERTARIO

1ª Edición: Valencia, 1933

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera
http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Contenido:

BREVE INTRODUCCIÓN
I. EN EL AÑO 1945
II. RESUMEN HISTÓRICO
III. MI PERSONA EN 1945
IV. LA ÚLTIMA INFAMIA DEL CAPITALISMO
V. LA CONSPIRACIÓN
VI. LA SUPRESIÓN DEL DINERO
VII. LA PROCLAMACIÓN
VIII. GENERALIDAD DEL MOVIMIENTO
IX. LA FUERZA PÚBLICA
X. ENCUENTRO AGRADABLE
XI. CÓMO LICENCIAMOS EL EJÉRCITO
XII. DOS FRIGIOS
XIII. UN DESNUDISTA
XIV. UN ATARDECER EN LAS RAMBLAS
XV. OCHO DÍAS DESPUÉS
XVI. LIBÍDINE
XVII. LAS FIERAS SANGUINARIAS
XVIII. SIGUEN PASANDO LOS DÍAS
XIX. UN CRIMEN
XX. CAMINO DE MADRID
XXI. EL COMUNISMO LIBERTARIO DE LA ALDEA
XXII. MI PRISIÓN
XXIII. EN CAPILLA
XXIV. CORRIENDO EL TIEMPO HACIA ATRÁS
XXV. ESCRIBIENDO ESTE LIBRO
Acerca del autor

BREVE INTRODUCCIÓN

Creo que antes de empezar la novela debo darle al lector una breve explicación sobre determinados puntos, porque temo que, si no dejo bien sentadas desde un principio las cosas, voy a serle antipático desde los comienzos del libro.

Se trata en él de realizar una función educativa que permita dar a comprender con un argumento novelesco, la posibilidad del régimen comunista libertario y cómo se desarrollara con él la vida civilizada de la humanidad.

Necesita, pues, el autor, poner a contribución su imaginación para poder presentar un cuadro plástico del nuevo orden de cosas que ambicionamos los anarcosindicalistas sin los ardides de la explicación, trasladando al lector a los tiempos futuros gloriosos.

Pero, intentando pintar el advenimiento del comunismo libertario antes de encontrarse consolidado y en régimen normal, se ha visto obligado a fijar una fecha determinada para el triunfo de la revolución social.

Este es precisamente el punto que necesito aclarar porque, suponiendo yo que dichos acontecimientos sucederán en 1945, o sea dentro de trece años, temo que los incontables impacientes y esperanzados ilusos encuentren que he fijado una fecha demediado lejana y piensen que soy demasiado tibio en mis anhelos por el triunfo de nuestro ideales.

Por eso quiero razonar aquí brevemente sobre las muchas cosas que tenemos aún que hacer antes de que podamos afirmar, sin temor a equivocarnos, que estamos capacitados para implantar, sin vacilación, el nuevo régimen.

Puede ser que tengan razón los impacientes y que la revolución social ocurra mucho antes de la fecha por mí imaginada. Pero en tal caso no será que nosotros hagamos la revolución, sino que la burguesía nos la dará hecha con sus torpezas y que nos veremos obligados a posesionarnos del poder y encargarnos de la administración sin estar debidamente preparados para ello.

Para que estemos realmente capacitados para que los sindicatos asuman el control de la producción y la distribución instaurando el régimen comunista libertario, antes que nada es absolutamente indispensable que desaparezcan en nuestro seno, no las discrepancias de ideologías y de tácticas, sino los odios que tales discrepancias ocasionan en determinados casos. Mientras en nosotros no rijan los imperativos del amor y la camaradería, estaremos incapacitados para toda acción fecunda.

Dimos un paso decisivo hacia la capacitación al acordar la organización por industrias, pero no basta acordarlo, sino que hay que cumplimentar el acuerdo.

Vamos en ello muy despacio, aunque es evidente que es muy difícil caminar más a prisa con las dificultades nacidas de las persecuciones incesantes que sufrimos. ¿Puede el lector aventurar en su imaginación una fecha para suponer que en ella funcionaran todos los organismos correspondientes a dicha organización?

Pero es que, después de que dicha organización exista, los comités de taller, consejos de fabrica y federaciones de industria necesitaran cierto

tiempo para dominar perfectamente los resortes que tendrán entre sus manos y luego otro tiempo mayor para alcanzar a establecer las estadísticas que nos permitan conocer cuánto se produce y se consume y cuanto se podrá producir y se necesitará consumir con el nuevo régimen, así como, en cada momento, las existencias de cada producto en cada localidad.

Únicamente después de todo ello estaremos verdaderamente capacitados para intentar la revolución social. Dado el paso a que caminamos, creo que el hablar de 1945 hago un derroche de optimismo.

EN EL AÑO 1945

Desperté como todas las mañanas, recordando en la semi-somnolencia de los primeros momentos todo lo ocurrido la noche anterior, siendo aún el sabor del extraño guiso, burlona mi conciencia de mi credulidad, pero, al abrir los ojos, noté con inmensa extrañeza que aquella era otra habitación distinta. Al llevarme las manos a los ojos para restregarlos, dudando de lo que veía, noté con sorpresa mayor que durante la noche me había crecido barba. Repentinamente se hizo en mí la luz. La droga había producido su efecto y estaba viviendo tiempos futuros. Me tiré de la cama buscando un almanaque. Pronto encontré uno mensual colgado en la pared con la hoja correspondiente al mes de mayo de 1945.

Aquella habitación era indudablemente la mía. Allí estaba mi máquina de escribir, mi reloj, el espejo circular que siempre he usado para afeitarme. Me miré a él y me quedé asombrado. ¡Cómo había envejecido! Aunque tenía pocas canas en la cabeza, mi barba era toda blanca.

Pero lo más maravilloso era que allí, sobre la mesa, estaba este libro que ahora estoy escribiendo, ya escrito y editado trece años atrás…

Ojeé cuanto hasta ahora ha leído el lector y correspondía a los recuerdos de la noche anterior, y luego me eche a la cara el párrafo siguiente, que corresponde ya a lo que era en aquellos momentos un misterio para mí.

Seria horroroso —leí— el tropezarme el día de mañana con este libro narrando detalladamente y de manera cronológica sucesos de mi vida que se han de repetir. Vivir sabiendo a cada momento lo que tiene que suceder debe ser un martirio insoportable. Así es que en esta visión del futuro, sobre falsear levemente los acontecimientos, tan sólo narraré los sucesos principales pretendiendo únicamente crear un cuadro que refleje el ambiente.

Me encontraba, pues, de repente, en 1945 sin saber nada de lo que había ocurrido desde 1932, y en trece años deberían haber ocurrido muchas cosas que ignoraba por completo, lo que iba a hacer muy difícil mi vida. Era un caso de amnesia parcial circunscrita a un periodo cronológico. Ni siquiera sabía en qué población y en qué calle vivía…

Mientras pensaba estas cosas me había ido vistiendo y, al sentarme frente a mi mesa de trabajo, vi en ella, sobre la carpeta, un gran cuaderno en cuya tapa había un letrero escrito por mi mano que decía: «Memorias de mi vida».

Había previsto la situación en que me iba a encontrar y había preparado aquel libro para resolverla. Así constaba en la última nota estampada en él el día anterior.

¡Con qué ansiedad curiosa recorrí sus páginas informándome de una manera rápida y sintética de la historia de aquellos trece años!

Historia que es necesario presentar también al lector de 1932 para que pueda explicarle los acontecimientos que más tarde han de ocurrir. Pero nos será indispensable hacerlo de manera sintética y global, sin descender a muchos detalles, presentando ante sus ojos un cuadro del estado del mundo en general y de España en particular, el año 1945, cuando va a ser proclamado de un momento a otro el comunismo libertario.

RESUMEN HISTÓRICO

El año 1945 cierra un ciclo de doce años, uno de esos ciclos fatídicos en la historia de España que hacen que cada doceavos vibre la nota de la tragedia en este extraño país.

Año 1861 – Cólera.

- 1873 – Sublevación cantonal.
- 1885 – Cólera.
- 1897 – Guerra en América.
- 1909 – Barranco del Lobo y Semana trágica.
- 1921 – Annual.
- 1933 – Sublevación separatista en Cataluña.
- 1945 – Implantación del Comunismo libertario.

En todos los países europeos seguían su marcha triunfante la revolución social como reacción inevitable del derrumbamiento del capitalismo caracterizado por el problema cada día más angustioso del paro.

El número de parados había ido creciendo en todas partes año tras año y la inmensa mayoría de los hombres se encontraban en desesperada situación acorralados por el hambre.

Los paliativos que habían intentado emplear la burguesía, como el seguro obrero obligatorio y la reducción de la jornada de trabajo, solamente habían conseguido que fuesen los obreros quienes socorriesen a sus compañeros sin trabajo, sembrando el descontento

general entre todos los trabajadores que se veían condenados a extremadas penurias aún trabajando. Había trabajo para todos mediante dicha reducción de la jornada, pero todos resultaban en esta forma en paro parcial y el mísero salario que percibían no alcanzaba a cubrir sus más perentorias necesidades y el descontento era tan grande como general.

Ante la amenaza que representaba para la burguesía tal estado de cosas, se había puesto de moda en Europa el prescindir de la comedia de la democracia, a lo que respondía perfectamente la dictadura social—fascista del estucador.

En Rusia se había entablado una lucha trágica entre los labradores y los bolcheviques —la Rusia verde contra la Rusia roja—, y en el año 45 parecía casi seguro el triunfo de los ideales anarquistas que los primeros representaban.

En cambio, en Italia, se había pasado el fascismo al comunismo estatal, tras de caer Mussolini víctima de un atentado.

En Alemania imperaba el fascismo hitleriano con su brutalidad feroz. Era la defensa desesperada y a palos de ciego de los grandes fabricantes y las altas finanzas contra los obreros hambrientos. Eran los hitlerianos el látigo y el hierro al rojo del domador de la fiera proletaria.

En 1945 se encontraba en Inglaterra agonizante, separada la India, declarada la guerra por Irlanda, desvalorizada la libra y extendiendo el paro hasta la casi totalidad de sus obreros que el Estado cuidaba de alimentar.

Francia era el país que mejor soportaba tan malos tiempos. Allí se había logrado disminuir algo los efectos del paro gracias a una inmensa burocracia que daba ocupación a incontables personas y al fomento del

ahorro popular que había transformado en diminutos burgueses a un inmenso número de obreros. La socialdemocracia había sido allí más hábil que en otras partes sabiendo interesar a las masas trabajadoras en la bufa comedia de la política parlamentaria, y era Francia el país europeo en el que caminaba más despacio la revolución social.

En España la política, desde antes de dormirse el autor, había perdido todo contenido ideológico y se había convertido únicamente en un instrumento de lucha del capitalismo contra el comunismo libertario. La farsa parlamentaria resultaba ya inútil, pues los políticos conocían el juego de entre cortinas y los antipolíticos habíamos ya aprendido a no dejarnos engañar, de manera que la dictadura de los socialeros era lo más lógico y racional.

Por odio al anarcosindicalismo preponderante en Cataluña se había empujado a ésta al levantamiento y se ejerció más tarde una terrible represión.

El sindicalismo era calumniado y perseguido a muerte en toda España con los procedimientos más villanos y miserables, pero el sindicalismo crecía tanto más pujante cuanto más era perseguido. Toda la masa obrera acabó por darse cuenta claramente de las circunstancias y los socialistas se quedaron reducidos a una minoría de gobernantes y burócratas que disponían del ejército, la guardia de asalto y la guardia civil. Declarada la Confederación fuera de la ley, cerrados sus locales y encarcelados sus militantes, mientras los matones a sueldo de los gobernares cazaban en las calles a los nuestros como en tiempos de Anido, pese a todo ello o quizás por todo ello, los sindicatos funcionaban clandestinamente cada día con más entusiasmo y tesón, cada día con mayor número de adherentes, extendidos por toda España y especialmente entre los campesinos.

Tal era, en síntesis, la situación de España cuando desperté una mañana de mayo de 1945, enterándome, con enorme regocijo, de que en el Ministerio que ocupaba el poder, desempeñaba la cartera de Instrucción Pública don Juan Pich y Pon, que se había hecho socialista, y era gobernador de Barcelona su amigo Paco Madrid.

Lerroux, el iluso señor de siempre, que nunca me he explicado por qué tiene fama de labia y de listo, continuaba en 1945, hecho ya un carcamal, pero sin haber logrado gobernar aún.

De los políticos que más figuraban en 1932 habían muerto Unamuno de una indigestión de intelectualidad y García Prieto para demostrar que era hombre de palabra. Se había retirado de la política de Guerra del Río, dueño de una fortuna que casi igualaba a la del ex concejal Santamaría. Cordero había llegado a coleccionar cincuenta enchufes, celebrando sus bodas de oro con la burocracia, contando no por años sino por empleos. El ex comandante Jiménez, que fue incondicional del teniente coronel Espino cuando ambos intentaron introducir el fascismo en España de acuerdo con Anido, creando lo que llamaron no sé por qué la Traza, y luego se sintió extremista revolucionario, ante las circunstancias políticas, se había hecho socialista y desempeñaba una Dirección general. «La Tierra», que intento nacer en dulce alianza con Bellando en tiempos de Primo de Rivera, asunto que Massó, entonces usufructuador de «El Imparcial», le estropeó a Cánovas Cervantes, naturalmente, encontraba muy bien la dictadura y la defendía con calor desde sus columnas. Todos los políticos habían demostrado con su conducta que eran dignos de serlo menos uno. Ángel Samblancat había renegado, por fin, de la política y se había venido a nuestro campo, aún sabiendo que entre nosotros, por sus antecedentes, no podría ejercer cargos.

Me imagino que el lector desearía conocer los infinitos detalles que se han quedado entre el teclado de la maquina sin pasar al papel. Pero no tiene más remedio que conformarse con la anterior visión sintética. De

todos modos se trata de minucias al lado de las grandes cosas que podrá leer después.

MI PERSONA EN 1945

Si leí con ansiedad la historia de aquellos 13 años en el cuaderno que titulada *Memorias de mi vida*, puse otra tanta en algo que no le interesa mucho al lector, pero que era para mí trascendental: la historia particular mía.

Conforme iba leyendo las peripecias que experimenté en aquel lapso de tiempo, me iba explicando un misterio que desde el primer momento me había intrigado mucho. Sobre mi mesa de trabajo estaba, como siempre, mi calendario—bloque en el que siempre he tenido la costumbre de apuntar los gastos diarios, los ingresos y el remanente en caja. Una de mis primeras miradas cayeron sobre él enterándome con estupefacción de que poesía ocho mil y pico de pesetas. Allí al lado, en aquella cajita que siempre ha estado atornillada sobre el tablero de la mesa y que abre una llave diminuta que guardo en el mosquetón del reloj, seguramente estaba cerrada aquella crecida cantidad que, acostumbrado a las actuales estrecheces, me parecía fantástica. Me apresure a abrir la cajita y tropecé jocundamente con los billetes que llevaban estampada la efigie de Indalecio Prieto.

Las memorias de mi vida me enseñaban que ésta había ido mejorando económicamente día por día; que mis colaboraciones eran pagadas cada vez más espléndidamente; que los editores solicitaban mis trabajos y los retribuían sin sordidez; que mis libros alcanzaban largas tiradas.

Me asaltó una idea inquietante: si esta visión del porvenir, escrita trece años atrás y en la que se detalla cuanto iba a ocurrir, había adquirido gran popularidad, iba a ser mi situación muy violenta. Afortunadamente, como comprobé después, en 1945 nadie se acordaba de esta obra y me vi libre de las molestias inherentes al papel de profeta.

Seguí viviendo en Barcelona y en casa de mi antiguo patrón, con el que me unía una gran amistad, acostumbrados ambos a tolerarnos mutuamente, él mis extravagancias, yo sus chifladuras cada día más acentuadas. Nos habíamos mudado de casa hacía ya tres años. Mi nuevo cuarto no era mayor que el antiguo, pero entraba en él todo el día el sol y su ventana se asomaba a un jardín que era completamente desconocido para mí.

Saqué del bolsillo de mi americana el tarjeteo y, examinando una de mis tarjetas, noté con extrañeza que vivía en la calle de Luis Capdevila. ¿Cómo habría escalado así la celebridad, hasta el punto de habérsele dado su nombre a una calle, mi antiguo amigo bohemio?

Busque entre mis libros una guía de Barcelona. La primera sorpresa fue enterarme de que Barcelona había alcanzado los dos millones de habitantes. Las fuerzas congregantes del capitalismo, el centralismo y la política, habían seguido actuando enérgicamente hasta entonces.

Examiné el callejero y creí volverme loco. A casi todas las calles le habían cambiado el nombre. Gracias al plano pude orientarme un poco. El paseo de Gracia se llamaba entonces Avenida de Carlos Marx. Las Ramblas, Avenida de Pablo Iglesias. Todos los socialistas más o menos conspicuos tenían su nombre en las esquinas. Seguramente Luis Capdevila se había sentido trabajador y había ingresado, en la Unión General de sus compañeros.

En casa, como de costumbre, me encontraba yo solo. Las llaves, como siempre —yo soy un entusiasta estandarizador de mi vida—, al alcance de mi mano sobre la mesilla de noche. El día estaba esplendido y me apresure a coger el sombrero y el bastón y marchar a la calle a contemplar la Barcelona de 1945, no sin antes haber guardado en mis bolsillos las ocho mil y pico de pesetas que había en la cajita.

Antes de salir, con la guía de Barcelona y el plano, había logrado orientarme enterándome de que mi calle se encontraba en la nueva barriada edificada en la montaña de Montjuich.

Barriada magnifica dominadora del mar y de la vieja cuidad, con amplias avenidas que trepaban en espiral hasta la cumbre en la que al dormirme se elevaba el castillo y entonces se alzaba orgulloso y retador el soberbio palacio del Fomento del Trabajo Nacional.

Trepando a lo más alto, contemplé el panorama de la inmensa urbe que se había extendido escalando los montes cercanos, llenándolo todo.

A mis pies había desaparecido el antiguo y castizo barrio chino, sustituido por anchas calles de altos rascacielos.

Me parecía imposible que se hubiese realizado tan enorme transformación en tan sólo trece años y consideré el inmenso esfuerzo desarrollado por la clase trabajadora para crear tanta riqueza en beneficio de la burguesía. Me indigne ante aquel escandaloso ejemplo de explotación humana realizado gracias a la complicidad de los que se llaman socialistas. Y abominé, lleno el corazón de rabia, una vez más de la política.

Afortunadamente la explotación se acercaba a su fin. Yo me había dormido pensando intensamente en los momentos precursores de la

gran revolución social que había de instaurar el comunismo libertario y me había despertado en 1945. Ello quería decir que se avecinaban grandes acontecimientos y que la explotación iba a cesar muy pronto.

Bajé paseando hasta la Rambla por la calle del Profesor Besteiro, antes Conde del Asalto. Me acerqué a un quiosco de periódicos y examine sus mercancías. El dueño era el mismo de 1912 y yo su parroquiano de siempre.

Examiné con curiosidad mi última obra absolutamente desconocida para mí. Era una sátira sangrienta que llevaba por título «Fomento, cría y explotación del pobre».

Ya había leído en mis memorias que no se permitía la publicación de ningún periódico confederal y que solamente podían adquirirse clandestinamente algunos periódicos franceses afectos a nuestras ideas. Como de costumbre en aquella época, compré «El diluvio» para leer su información y enterarme de los acontecimientos. Con él en la mano me senté en la terraza de un café y pedí un vermut.

El viejo periódico seguía idéntico a sí mismo. Por él no habían pasado aquellos trece años. El mismo formato y la misma compaginación desaliñada; el mismo artículo de fondo; las mismas secciones y la misma colaboración gratuita; igual apoyo disimulado e hipócrita a la burguesía e idéntico odio mal escondido contra la Confederación.

Las noticias de toda España eran las mismas: huelgas, represiones sangrientas, atracos, hambre, paro, calamidades de toda especie haciendo contraste con la orgía de los políticos y los escandalosos negocios de los capitalistas.

En el extranjero rugiendo constantemente la revolución social en plena causa con España.

Aquella noche pronunciaba Cambó una conferencia sobre el saneamiento de la peseta que seguía incurable.

Cuando apuraba la copa del vermut, se me acercó un desdichado implorante:

— ¿Puede usted socorrer a un pobre obrero sin trabajo?

Le socorrí espléndidamente. Sabiendo que pronto perderían todo su valor aquellas pesetas que guardaba, les tenía escaso apego. Al principio pensé egoísta en gastármelas alegremente, pero pronto me avergoncé de mi egoísmo burgués y proyecté entregar aquel dinero a la Organización para cooperar a los trabajos revolucionarios o para socorrer a los presos. Aquel desdichado bien merecía unos cuantos billetes que le permitiesen vivir desahogadamente hasta que llegase el glorioso día en el cada uno pudiese consumir cuanto necesite sin más obligación que la de trabajar según sus fuerzas.

LA ÚLTIMA INFAMIA DEL CAPITALISMO

Por la tarde de aquel mi primer día de mi vida anticipada pude comprobar algo que me tranquilizó por completo: existía en mí una doble personalidad.

Al mismo tiempo que vivía en mí mi personalidad antigua de 1932, con conciencia, memoria y todos los atributos correspondientes a mi individualidad, la que se sorprendía de todo y lo relacionaba con los sucesos de hacía trece años, al mismo tiempo vivía en mí mi personalidad de 1945, también con conciencia y su memoria propias. Aunque ambas personalidades se desconocieran mutuamente, subsistirían con simultaneidad.

Pude comprobarlo por el hecho de que sin darme cuenta de la razón que me impulsaba a ello, creyendo mí personalidad de 1932 que movía mis pasos exclusivamente la casualidad, asistí a una reunión a la que tenía que asistir. Mi yo de 1945 obraba por su cuenta sin darle explicaciones a mí yo de 1932, que tenía que reducirse a ser un mero testigo cuyas iniciativas solamente tenían realización cuando la otra personalidad se manifestaba indiferente o indecisa.

La reunión a que asistí era la reunión semanal de mi tertulia de «Explotadores del Porvenir»

Se trataba de una organización de la que allá por el año de 1932 tenía yo nada más que un proyecto y que pude comprobar, en 1945, que se había desarrollado como correspondía a su trascendental finalidad: la

de hacer todo género de esfuerzos para anticipar la época de posibilidad de la anarquía propagando la generosidad como virtud moral la más excelsa y digna de ser practicada.

Se trataba de una organización constituida por pequeños grupos llamados tertulias que constaban de cinco a nueve miembros y que se dividían en dos cuando éstos llegaban a diez. Para formar con dichos grupos un todo armónico y orgánico, se agrupaban a su vez en «peñas» formadas por la agrupación de tertulias también en número de cinco a diez. Las peñas se agrupaban asimismo en otros grupos de orden superior y éstos en otros y otros. En los diferentes grupos de orden superior únicamente se reunían una vez al mes los delegados de los grupos de orden inmediato inferior y solamente servían para la coordinación de esfuerzo, siendo deliberadamente exclusivamente las tertulias con reunión semanal. No había presidencias y las reuniones eran de mesa redonda y no se pagaba cuota alguna ni había distintivos ni carnets.

Esto, que era cuando me dormí, solamente una idea embrionaria que empezaba a cristalizar en unas notas con las declaraciones de principios, había alcanzado, en 1945, inmenso desarrollo y constituía un elemento auxiliar muy importante en las conspiraciones comunistas—libertarias.

Aquella tarde, en la reunión de mi tertulia, a la que asistieron otros explotadores del porvenir de otras tertulias siguiendo la practica reglamentaria de las «visitas», encontré al camarada Viura muy viejo y tan chiflado como siempre, y me informó de que otra fundación de iniciativa suya que estaba naciendo también en 1932, la del Núcleo Universalista, especie de concepción filosófica del comunismo libertario con tendencias naturistas y sentimentales que, en combinación con un ritual muy protocolario, hacían de ella casi una religión sin dios, y que era mirada al principio con recelo y como una chifladura por los

espíritus escépticos y burlones, había alcanzado también extraordinario desarrollo llenando todo el mundo con incontables núcleos locales y había venido a ser como el rotarismo de la anarquía.

En la reunión de la tertulia se hablo de muchas cosas, pero la que más impresionó mi imaginación de hombre de 1932 fue cuanto hizo referencia al crimen más monstruoso a que, arrastrado fatalmente por su esencia, había tenido que llegar el capitalismo.

En los trece últimos años habían sido continuadas las experiencias del doctor Voronof y se había logrado llegar a la evidencia del rejuvenecimiento de los organismos vivientes mediante el injerto de glándulas genitales de individuos jóvenes de la misma especie.

La experimentación científica era concluyente y había pronunciado su última palabra. Con animales de todas las especies de orden biológico muy adelantado se habían logrado rejuvenecimientos verdaderamente sorprendentes. En cambio, con el hambre, injertado en su organismo glándulas de monos, no se había logrado nada concluyente y definitivo, pero parecía evidente que también sería alcanzado el rejuvenecimiento mediante el injerto de glándulas genitales humanas.

Y los viejos ricos, en complicidad con médicos infames, no habían dudado en consumar la infamia de comprar a los jóvenes fuertes y sanos sus testículos para rejuvenecerse.

Aunque se alegaba la duplicidad de tales órganos y la suficiencia de uno solo de ellos para la procreación, el hecho era tan repugnante y canallesco que me soliviantó, a mí, el hombre de 1932. Tal vez mi yo de 1945, ya más acostumbrado a las canalladas de los ricos, sentía menos indignación, porque mis contertulios me advirtieron que me exaltaba más que de ordinario.

Pero había algo mucho más grave aún, que había motivado una violenta campaña de prensa dándole extraordinaria actualidad al tema.

Un viejo riquísimo y decrepito, cuyo nombre silencio por motivos fáciles de comprender, se había transformado tras de una operación de las indicadas, en un apuesto joven, y un periódico había denunciado que para el injerto habían sido utilizadas las glándulas testiculares de un niño apenas púber. Se pedía del gobierno que protegiesen a la infancia contra el ansia de vivir de los ricos y que fuese duramente castigado el tráfico de la virilidad infantil.

Experimenté tal repugnancia ante tales hechos que, de no saber que todo aquello iba a terminar muy pronto, no sé qué determinación violenta hubiese adoptado.

LA CONSPIRACIÓN

Por la noche asistí a una reunión clandestina de los militantes de mi Sindicato.

Para mi yo de 1932 fue muy grato encontrarme después de tantos años con tan excelentes amigos, compañeros de lucha y de entusiasmo. Comprobar que vivían aún y que podían presenciar el glorioso triunfo que se aproximaba sin que ellos mismos estuviesen de ello muy seguros.

También vi caras nuevas a las que saludaba afectuosamente por sus nombres que acudían a mis labios sin saber yo cómo. Eran las jóvenes generaciones del sindicato atraídas a nuestro seno por las persecuciones. En aquella época el número de los cotizantes del Sindicato de Obreros Intelectuales era más de diez mil.

Y todos eran decididos anarquistas, lejana la época de la famosa escisión que hizo que se marcharan de nuestras filas los «bomberos» atraídos en sus veleidades por la sirena de la política y dejando a la Confederación exclusivamente entre las manos de F A I.

Se conspiraba activamente y se «mascaba» la revolución. Era tal el cúmulo de iniquidad y de justicia, tal nuestro entusiasmo y tan grande la propia seguridad que teníamos y tan grande la propia seguridad que teníamos en nuestra fuerza, que caminábamos hacia el golpe supremo con paso firme y decidido.

Habían sido coordinados todos los esfuerzos y se conspiraba en las reuniones clandestinas de nuestros Sindicatos en los Grupos anarquistas de la FAI y en las tertulias de los Explotadores del Porvenir, en las que uno de los breves artículos que defienden su organización establece que «El campo de acción de estos organismos serán el que ellos propios se asignen, y tan amplio como se quiera, siempre que no se pacte con la autoridad o la política».

Las tertulias de los Explotadores del Porvenir, con su gran movilidad, con el conocimiento mutuo de todos sus miembros, con la facilidad de ser grupos ínfimos, dotados, no obstante, de eficaces elementos de enlace que permitían ponerse todos de acuerdo y llegar fácilmente a conclusiones concretas, eran un arma eficacísima para la conspiración que infundía un gran pánico al gobierno, sus estatutos, su forma y su ideario, todo era público y únicamente era ignorado el nombre de sus adherentes. Al principio, radicando tal organización solamente en Barcelona, sus miembros se reconocían unos a otros únicamente mediante las presentaciones que se hacían en las visitas a las reuniones de las tertulias. Cuando se extendió a toda España, se establecieron señas secretas que facilitaban un mutuo reconocimiento, aunque, generalmente, se enviaba una carta corriente de presentación con una excusa cualquiera, que servía para hacerse conocer.

Se conspiraba preparando el golpe definitivo con una minuciosidad extremada, siendo planeado día por día cuando sería necesario realizar para triunfar y consolidar el triunfo, pero sin fijar fecha determinada para evitar que, caso de llegar a conocimiento de la autoridad, pudiese ésta prevenirse. Cuando todo estuviese dispuesto, todo estudiado, recontadas con exactitud nuestras fuerzas y extendida por todas partes la consigna, el comité revolucionario integrado por miembros de la Confederación, de la Federación Anarquista Ibérica y de los Explotadores del Porvenir, propondrían una fecha próxima que debería

ser aprobada inmediatamente por Asambleas clandestinas de todos los Sindicatos, de todos los GG AA y por todas las tertulias de E del P.

El Comité revolucionario había sido nombrado en forma hábil que aseguraba tanto el merito revolucionario de sus hombres, cuanto el secreto de sus personalidades y, para el caso de que fuese descubierto y encarcelado, había sido encomendado, y que hacía referencia a la organización de la distribución en las grandes capitales.

La nueva organización de la producción era muy sencilla. Todas las empresas y todas las industrias tenían ya nombrados sus consejos de fábrica que substituirían al consejo de administración burgués y sus comités de taller que substituirían a los encargados patronales. Una vez proclamado el comunismo libertario, se incautarían de dichas empresas, al mismo tiempo que serían conminados todos los ciudadanos no sindicados a afiliarse en el sindicato correspondiente a su profesión o a la profesión para la que se sientan capacitados, caso de no poseer oficio.

Los diferentes sindicatos, tras de incorporar en sus filas a todos los burgueses, darían instrucciones a los consejos de fabrica de ellos dependientes, para que intensificaran la producción para dar trabajo a los nuevos obreros. En todo esto no se presentaban graves dificultades por ninguna parte tampoco era muy difícil organizar la distribución de los productos de consumo en los pueblos chicos. Facilísimo inventar dichos productos y conocer su abundancia o escasez. Los abundantes serían repartidos libremente a cuantos lo solicitasen, sin que fuese de temer que se cometieran abusos que serían descubiertos y sancionados con el público desprecio. De los escasos se establecería el racionamiento, pudiendo cada trabajador recoger tantas raciones como bocas necesitara alimentar. De la distribución se encargaría el personal al presente ocupado en la dependencia mercantil, cuyos comités de tienda se incautarían de los establecidos. En los pueblos pequeños,

donde todo el mundo se conoce y donde no cabe la mala fe, sería muy sencillo organizar bien la distribución desde el primer momento.

Pero en cambio en las grandes poblaciones sería dificilísimo y sobre tal extremo se le había encargado a nuestro Sindicato que estudiase una ponencia.

LA SUPRESIÓN DEL DINERO

Al ser estudiados aquella noche en mi sindicato varios puntos relacionados con la ponencia que se nos había encomendado, se trato de la necesidad de anular y suprimir el dinero.

Punto es éste que he estudiado con suma atención y aquella noche vi con alegría que no había cambiado de modo de pensar después de trece años. Precisamente se trata del punto más delicado y difícil y sé que hay muchos anarquistas que no están conformes con el sistema que yo he propuesto en mi ensayo «El Comunismo Libertario expuesto por un ingeniero español.»

Es tal el horror que instintivamente nos inspira el dinero que, si bien todos estamos absolutamente conformes en que debe desaparecer, hay muchos a quienes asusta lo que prestamente es indispensable para lograr dicha desaparición.

Explicaré, pues, aquí las razones que aquella noche di y que convencieron hasta el extremo mi sistema después.

La fórmula del comunismo libertario, en cuanto a la economía, ya sabemos que es la de que todos produzcan según su capacidad y consuman según sus necesidades. Pero tal fórmula no habla de cuanto, sin ser necesario, es útil. Todos necesitamos comer, beber y vestir, todos deberíamos disponer de cuantos comestibles bebidas y trajes nos sean necesarios. Pero se puede extender a estas tres necesidades fundamentales el aforismo que asegura que no sólo de pan vive el

hombre. La vida civilizada moderna ha creado en nosotros incontables necesidades secundarias, verdaderos lujos, de las que seria absurdo prescindir, pero cuya necesidad no puede ser valorada más que mediante el empleo de una moneda auxiliar.

Pero aún cuando se acordara que todo el mundo vistiera igual, que fuesen fabricados exclusivamente muebles idénticos para el uso de todos, que fuese suprimida la fabricación de tantas chucherías como hoy se fabrican sin ser objetos de primera necesidad, gramófonos, máquinas fotográficas de aficionado, juguetes para los niños, dulces para los golosos, tableros de damas y ajedrez, bicicletas al alcance de quien no las necesite profesionalmente… aunque se impidiesen la adquisición de libros por los particulares, puestos todos a su alcance en las bibliotecas públicas, aunque fuese considerado como publico el servicio de taxis, a disposición éstos del primero que los encontrase desocupados, se hiciese lo que se hiciese, siempre quedarían en poder de particulares objetos procedentes del régimen capitalista que sería imposible requisar y que ocasionarían la apetencia de otras personas distintas de sus dueños y podrían ser vendidos y comprados clandestinamente.

Es imposible evitar, mientras existan productos que no sean de imprescindible consumo y que puedan determinar apetencia de posesión, el que sus poseedores intenten venderlos para adquirir, en cambio, otras cosas que puedan interesarles más.

La existencia simultánea del dinero y de objetos comprables y vendibles, mientras no exista un substitutivo de dicho dinero que sea tan eficaz como él, conducirá siempre fatalmente al comercio clandestino y a que el dinero de los capitalistas subsista y continué circulando.

Ha sido el caso de Rusia que no puede ser más elocuente. Allí decretaron la anulación del valor del dinero, aunque sin poder, como

ocurría siempre, recoger el que obraba en mano de los particulares al ser publicado tal decreto. Pero habían muchas cosas que escaseaban y quienes las poseían las vendían clandestinamente para proporcionarse otras que les eran más necesarias y, finalmente, Rusia se vio forzada a aceptar la existencia del dinero y del comercio privado que habían sido más fuertes que todos los decretos, por no haberse sabido encontrar algo con igual poder libertario que el dinero, pero sin sus inconvenientes.

Besnard propone la emisión de unos bonos cifrados en la unidad monetaria burguesa, valederos en todo el país y de valor permanente, es decir: la emisión de nuevos billetes iguales a los antiguos por todas sus características.

Yo, en cambio, he propuesto que el trabajo sea retribuido en bonos emitidos por los sindicatos, cifrados en horas de trabajo, valederos únicamente en la localidad y por la sola duración de una semana.

Serían declarados servicios públicos, además de los municipales, el, agua, la electricidad, el gas, los medios de locomoción y comunicaciones, los espectáculos públicos y la edificación.

Todos los demás productos serían vendidos por el Sindicato Mercantil al precio que representase al número de horas de trabajo invertidas en su producción, modificado con un coeficiente correspondiente al consumo de los inútiles y de los consagrados a trabajos de servicio público.

Con tal sistema, siendo posible adquirir cuanto se necesite o se desee, desaparecería en absoluto el comercio clandestino y el antiguo dinero, solamente utilizable para compras clandestinas molestas y hasta peligrosas, perdería inmediatamente su valor.

Ahora bien, esta segunda moneda, destinada únicamente a resolver el problema de la distribución en los grandes centros en los momentos iniciales del comunismo libertario y a lograr que la antigua moneda muera irremisiblemente, sólo subsistirá el tiempo que sea necesario para organizar en las grandes poblaciones dicho servicio.

Probablemente no será utilizado tal sistema en las poblaciones pequeñas en las que se puede fácilmente llegar entre todos acuerdos eficaces para una buena distribución que satisfaga las necesidades y deseos de todos. Claro es que dada la autonomía que tendrán nuestras comunidades locales, podrán adoptarlo aquellas que lo crean conveniente, y no las que opinan lo contrario.

El método para hacer desaparecer la nueva moneda, será ir organizando, ya sin la prematura de los primeros momentos la distribución y extendiendo el número de los productos cuyo consumo sea considerado como servicio público, hasta que llegue un día en que ocurra así con todo. Tal día bastará con que los sindicatos dejen de pagar los bonos semanales a sus trabajadores. Estos ya para nada los necesitarán, pues no podrá comprarse nada desde el momento que todo es puesto gratuitamente a su alcance por la Distribución. Quien ahorre, antes y después de tal día, al no tener los bonos ningún valor reconocido en las tiendas pasada la fecha semanal correspondiente, solamente habrá conseguido renunciar en beneficio de la comunidad a las horas de trabajo que ha producido y no ha querido consumir.

Cierto que Kropotkin, en «La Conquista del Pan», se manifiesta como irreducible enemigo del dinero y de toda especie de salario. Pero no podía obrar en otra forma desde el momento que él no contaba con los sindicatos. La teoría de Kropotkin es anarquista y la ausencia absoluta de toda autoridad hace imposible la existencia de toda especie de dinero. Pero yo creo entender que en la CNT cuantos nos llamamos anarquistas somos, sindicalistas hoy, comunistas libertarios para el

futuro próximo y anarquistas para un futuro más lejano. El comunismo libertario no es la anarquía, sino camino de la anarquía, pues reconoce una autoridad: la de la colectividad decidiendo plebiscitariamente. Existiendo dicha autoridad y sus organismos que son los sindicatos, puede haber una moneda emitida por estos. Pero tal moneda no se parecerá en nada a la antigua y será sencillamente un bono de distribución inacaparable el tener validez tan sólo durante una semana. Será un bono de distribución con el que quien lo reciba, con un número de unidades proporcionales al número de personas que dependen de él, no estará obligado a adquirir determinada cantidad de tales o cuales productos, sino que podrá elegir a su gusto, bien pocos productos de los que han costado muchas horas de trabajo, bien muchos de los de más fácil producción.

Generalmente, tales bonos de distribución solamente afectaran a lo superfluo, pues lo indispensable para la vida será declarado servicio público y distribuido gratuitamente a todos en cuanto sea posible, es decir, pocos días después de ser proclamado el nuevo régimen en las grandes ciudades y el mismo día en campos y pueblos chicos. Pero piénsese en el trágico problema que se presentará en las ciudades populosas una vez instaurado el comunismo libertario para organizar desde los primeros momentos la distribución entre tanta gente de tan variados objetos sin disponer de la moneda. Y toda desorganización traería como consecuencia dar más valor al dinero burgués que conservasen los particulares, dinero que será el arma que emplearán para combatirnos sin duda alguna si no logramos que a nadie le interese su posesión por poder adquirir fácilmente el otro dinero con el que se podrá comprar cuanto encierren las tiendas.

De todos modos, será necesario evaluar el costo en horas de trabajo de todos los productos para que pueda ser efectuado un cambio equitativo entre las diferentes comunidades locales. Así los labradores no se creerán nunca engañados y se apresuraran a enviar a las ciudades

sus cosechas sabiendo que recibirán los productos que soliciten, en cuya fabricación habrán empleado los obreros justamente tantas horas cuantas ellos han gastando en la obtención de lo que envían.

Los bonos de distribución, cifrados en horas de trabajo, no serán nunca para el trabajador cambiables por productos que representen el trabajo que ellos valen, pues trabajo representan todos los servicios públicos de que disfrutara gratuitamente. Así, el número de horas de trabajo que represente cada unidad de producto tendrá que ser multiplicado por un factor dependiente de la importancia y desarrollo de los servicios públicos para fijar el precio de venta. Este, en consecuencia, será variable de una a otra localidad y, lógicamente, mucho más alto en las grandes capitales que en los campos, e irá creciendo conforme vayan ampliándose los servicios públicos.

Como se tratará de que comprendan todo lo indispensable de la vida, la nueva moneda será únicamente un modo de administrar y organizar la distribución de lo superfluo y no encierra peligro alguno para el buen funcionamiento del régimen ni para la felicidad de los hombres, desde el momento en que la corta duración de su valor impide su acumulación. Además, como abundará este dinero, no es de temer que provoque envidias ni se propenda al robo.

He aquí reproducida la ponencia tal como fue aprobada por nuestro Sindicato:

A la Asamblea local:

El Sindicato de Obreros Intelectuales y Profesiones Liberales, encargado por la organización confederal de estudiar el tema correspondiente a la mejor manera de organizar la distribución en las grandes capitales y proponer una ponencia con la solución que le parezca más adecuada para que la Asamblea local que se celebre

en Barcelona una vez proclamado el comunismo libertario pueda resolver sobre tan importante tema, tras de estudiar detenidamente el asunto y debatir con toda amplitud las diferentes soluciones propuestas, acordó aprobar por aclamación las siguientes bases que propone a la Asamblea local:

1º El derecho a vivir y, por lo tanto, a satisfacer las necesidades que la vida implica, es primordial y superior al deber de producir para que pueda ser posible la vida civilizada colectiva. Razón por la cual proponemos que a todo hombre, por el hecho de vivir, se le reconozca derecho a gozar de la distribución de los productos. Por ello, cada lunes recibirán todos los habitantes de Barcelona un bono de distribución de productos valedero exclusivamente para la duración de la semana.

2º Los productos absolutamente indispensables para la vida, tales como el agua, el pan, la carne corriente, las verduras y legumbres, el aceite, la manteca, el carbón, etc., en lo que concierne a la alimentación; las prendas corrientes de vestir, la habitación, y, por otra parte, los servicios generales, como la luz eléctrica, el gas, los medios de locomoción (tranvías, autobuses, metropolitanos y taxis, correos, telégrafo teléfono), finalmente los espectáculos públicos: todo ello será considerado como servicio público y en todas las tiendas en las que se expendan tales productos, serán entregados cuantos sean solicitados a quienes los soliciten, sin exigirles retribución alguna y con la sola limitación de que no se pida una cantidad evidentemente exagerada. El Sindicato del ramo del vestir cuidará de organizar la distribución de vestidos comunes, evitando abusos. De los demás servicios públicos usará todo quien quiera y en la, medida que quiera y en cuanto se lo permitan las circunstancias[1]

[1] Partimos del supuesto de que el Comité local haya asegurado el aprovisionamiento suficiente, conforme se nos ha informado. Caso de escasear alguno de los productos señalados, será distribuido por raciones.

3º Los demás productos, que sin ser indispensables son de consumo conveniente, siendo su uso más o menos superfluo, serán distribuidos en los establecimientos en que actualmente son expendidos a cambio de los bonos de distribución, validos solamente durante siete días.

4º Cada bono semanal para un hombre mayor de diez y seis años, soltero o casado sin hijos menores ni inválidos a quienes sostener, costara de varios bonos divisionarios con una valoración total de cuarenta y ocho horas de trabajo.

5º Por cada persona mayor de edad e incapacitada a su cargo, recibirá otro bono también de 48 horas de trabajo.

6º Por cada hijo mayor de diez y seis años, recibirá tres h. de t. por cada año que tenga el hijo.

7º Las mujeres mayores de diez y seis años, solteras o casadas, podrán optar por trabajar o no. Si trabajan recibirán cada lunes su bono de 48 H. de T. y si no lo hacen, su compañero, su padre o quien trabaje en su familia, atenderá a que sus necesidades sean cubiertas con los bonos de distribución que él reciba.

8º El valor de todos los productos será fijado por los sindicatos productores cifrado en horas de trabajo, indicado para cada unidad del producto, el número de horas de trabajo invertidas en su producción.

9º El sindicato Mercantil, transformado en el de la Distribución, se incautará de todos los establecimientos comerciales, sustituyendo al patrón o encargado patronal el comité de tienda. Todos los artículos existentes en las tiendas, salvo los que sean

declarados nocivos, serán expendidos a quien los solicite a cambio de bonos de distribución y al precio que señale el Comité local tras el informe del comité técnico de estadística.

10º El comité técnico de estadística sumara la cifra total de horas de trabajo distribuidas cada lunes y dividirá dicho total por el número total de horas de trabajo consagrado a la obtención de productos que no sean de libre reparto. El cociente será el coeficiente por el que habrá que multiplicar el precio de producción, dado por el sindicato productor, para obtener el precio de distribución.

11º Se procurara que en la segunda, y todo lo más en la tercera semana, queden ya fijados tales precios correspondientes a una distribución equitativa y permitiendo a la autonomía individual determinar la clase de productos que quiera consumir. Entre tanto, y para que pueda ser el sistema aplicado inmediatamente, la actual dependencia mercantil, transformada en organización distribuidora, extenderá los artículos existentes en tienda al precio correspondiente al actual de detall, suponiendo que una hora de trabajo equivale a una peseta.

Se trata de una aproximación grosera teniendo en cuenta las ganancias actuales de los intermediarios, la retribución actual de trabajo y tras de hacer un tanteo global de lo absorbido por servicios públicos. La inexactitud de la equivalencia no puede conductor a ninguna catástrofe económica y permite la aplicación inmediata de los bonos de distribución destinados a anular prácticamente todo el valor del dinero burgués, al constituir un sustitutivo suyo puesto entre las manos de todos y capaz de proporcionar en los establecimientos cuanto se apetezca.

12º Los objetos de crecido valor, como muebles, pianos, vestidos especiales, etc., podrán ser vendidos a plazos, sobre lo que reglamentará lo oportuno el Sindicato de la Distribución.

13º Una vez proclamado el comunismo libertario, en cuanto se vuelva al trabajo terminada la huelga proclamada para su implantación, serán abiertos absolutamente todos los establecimientos mercantiles asistidos por su dependencia. Su dueño, puesto que el nuevo orden de cosas le impondrá la obligación de trabajar si es capaz de ello, podrá seguir como dependiente en su establecimiento o en otro cualquiera, exactamente con iguales derechos que todos los demás. El Sindicato de la Distribución estudiara con toda urgencia la racionalización del servicio proponiendo:

a) Establecimientos que deben desaparecer por la índole de los géneros que expenden.

b) Cuales deben desaparecer por no responder a las necesidades de la distribución.

c) Establecimientos que pueden ser refundidos.

d) Readaptación al nuevo régimen de todo el personal antiguo y del nuevo procedente de la burguesía y ramos desaparecidos.

14º Con la mayor premura compatible con un concienzudo estudio, se irá procurando de una manera sistemática ensanchar el campo de los productos expendidos libremente sin ser canjeados por bonos de distribución y la limitación del número de los expendidos a cambios de ellos, hasta lograr que dichos bonos de distribución puedan ser suprimidos y todos los artículos puedan ser

servidos en los establecimientos al publico sin más limitación que el racionamiento que sea indispensable en caso de escasez.

15º Será necesario crear un Comité de la habitación para racionalizar dicho servicio público haciendo que sean desalojados los locales que carezcan de las necesarias condiciones higiénicas, orientando el Sindicato de la construcción sobre la edificación de nuevas barriadas y repartiendo, mediante las obras adecuadas, en los primeros momentos, las casas excesivamente grandes para quienes actualmente las ocupan entre quienes necesiten más imperiosamente mejorar de habitación.

16º El comité técnico de estadística, de acuerdo con el consumo y según los datos que reciba del Sindicato de la Distribución, hará los pedidos pertinentes a las manufacturas locales, trasladando el pedido a las regionales, nacionales o extranjeras al Comité regional para su tramitación, de manera que cuantos artículos sean consumidos y se crea conveniente que puedan seguir siéndolo, existan siempre en almacén.

17º Los bonos de distribución recibidos en las tiendas a cambio de productos, serán remitidos semanalmente al comité técnico de estadística que, tras averiguar la cifra total que arrojan, procederá a su cremación.

18º Los bonos de distribución serán, entregados los lunes en las fábricas, talleres, tiendas, oficinas, etc., a cuantos trabajen en ellas, según nómina aprobada por el Sindicato respectivo. Dicho Sindicato entregara dichos bonos a los obreros en paro forzoso.

Los ancianos e imposibilitados recibirán los bonos por conducto del individuo de su familia que trabaje. Cuando carezcan de familia, podrán recogerlos directamente del organismo de asistencia social.

Tales bonos estarán avalados con el sello del Sindicato emisor y llevaran en el reverso impreso en cifras lo mayores posibles la fecha del día hasta el que serán valederos.

19º La colectividad adoptará las medidas que crea convenientes para hacer efectiva la obligación de todos a trabajar según su capacidad, pero esto nada tiene que ver con la distribución y nunca debe emplearse el hambre como elemento de coacción.

LA PROCLAMACIÓN

Llegó, por fin, el día glorioso en que fue proclamado el comunismo libertario en toda España, triunfando en todas partes el movimiento, menos en Madrid.

A última hora, seguro el comité revolucionario de su fuerza, tras de recibir informe de todos sus delegados, decidió plantear la lucha a cartas descubiertas desafiando al gobierno de poder a poder.

Publico un manifiesto haciendo saber que el número de los afiliados a la CNT se acercaba mucho a los dos millones y que estaban todos, en principio, decididos a apoderarse del poder. Pero, como el comité carecía de atribuciones para tomar acuerdos definitivos, conminaba a todos los sindicatos de España para que celebrasen Asamblea el jueves próximo y acordasen si debía ser proclamado el comunismo libertario el jueves siguiente.

Absolutamente todos los sindicatos de España celebraron dicho jueves Asamblea clandestina y absolutamente todos aceptaron la fecha propuesta por aclamación. Ya lo sabía, pues, el gobierno. Se había acordado la revolución a fecha fija. Pero la ostentación de fuerza tan enorme, tan decidida y tan disciplinada, era el elemento más eficaz con el que había contado muy razonablemente el comité. Dos millones de afiliados representaban dos millones de familias y por lo tanto casi la mitad de España. Su voluntad tan clara y unánimemente expresada constituía un referéndum nacional que tenía forzosamente que ser acatado.

¿Qué haría el gobierno?

Lo que hizo el gobierno fue intentar resistir en Madrid, donde concentró las fuerzas de las guarniciones próximas.

La mañana de aquel jueves glorioso presencié en Barcelona el acto más trascendente de la humanidad. El recuerdo del día catorce de abril de 1931, era una insignificancia comparado con el entusiasmo de aquel día. Desde el balcón central del Ayuntamiento de Barcelona confederado a los demás ayuntamientos libres de toda España para constituir la Confederación comunista libertaria española.

También quedaba proclamada la huelga general hasta que el nuevo orden se consolidase.

La proclamación fue hecha por un compañero casi generalmente desconocido: el comunismo libertario carece de hombres representativos: cuando algunos han pretendido serlo, con ello, se han puesto en pugna con el espíritu de la Confederación y le han prestado menguados servicios.

Entre tanto permanecían las tropas acuarteladas y los cuarteles cerrados a piedra y lodo. Igual ocurría con las fuerzas de la guardia civil y de seguridad. Entre tanto éramos nosotros absolutamente dueños de la población.

El Comité local, al que habían incorporado a petición suya dos delegados adjuntos de cada Sindicato para que pudiese ser atendido el inmenso trabajo que pesaba sobre él, se encontraba reunido en sesión permanente en el salón de Ciento, mientras que sostenían igualmente reunión continua los plenos de las juntas de todos los Sindicatos.

A primeras horas de la tarde, mientras llenaba las calles de la inmensa población una desbordante multitud ebria de entusiasmo, fue fijado en

las esquinas un bando del Comité local en el que las órdenes dimanadas de la única autoridad soportable, que es la ejercida por la propia colectividad, aparecía por primera vez bajo las letras iniciales de la Confederación Nacional del Trabajo y la Asociación Internacional de Trabajadores.

Dicho bando decía:

«CNT-AIT.

»El Comité de la federación local de los Sindicatos de Barcelona, una vez proclamado el comunismo libertario, en cumplimiento de las funciones que le son propias, se hace cargo de la administración de la ciudad.

»Por este bando quedan convocadas las asambleas plenarias de todos los sindicatos de Barcelona afectos a la Confederación, que se reunirán mañana a las tres de la tarde, en los locales respectivos para tomar acuerdos respecto a los puntos del orden del día que obra en poder de sus juntas administrativas y nombrar delegados con instrucciones para el Gran Congreso local, que se reunirá pasado mañana a la misma hora en el Salón del Gran Teatro del Liceo.

»Mientras tales acuerdos no resuelvan sobre los problemas vitales que son puestos a consulta, este Comité, dando cumplimiento a los que son principios básicos del comunismo libertario, hace público lo siguiente, cuya inobservancia, así como cualquier ataque contra el nuevo orden de cosas, hará incurrir en la responsabilidad consiguiente:

»Queda abolida la propiedad privada.

»Los hasta ahora inquilinos o propietarios de las diferentes viviendas de esta ciudad, seguirán habitándolas sin pagar los primeros ni cobrar los segundos alquiler alguno.

»Todos los particulares o entidades que posean en sus domicilios privados o sociales oro, plata, platino, joyas y obras de arte, deberán entregarlas en las oficinas municipales que desde mañana se montarán para realizar dicho servicio.

»Desde pasado mañana, y en el plazo máximo de dos días, todos los ciudadanos que no estén sindicados, deberán hacerlo en el sindicato de su profesión. Los que carezcan de profesión, o ejerzan algunas de las que el nuevo orden de cosas hará desaparecer, optará, por la profesión para la que se crean más capacitados.

»Los sindicatos montarán un servicio especial, auxiliadas sus juntas por los militantes que sean designados en la asamblea de mañana, para poder atender a la rápida filiación de los nuevos sindicatos.

»Se considerarán exceptuados de la orden de la huelga general decretada al ser proclamado el nuevo régimen los servicios de sanidad e higiene, suministro de agua, alumbrado eléctrico, recogida de basura y los trabajos de artes gráficas correspondientes al diario confederal que reaparecerá mañana.

El Comité local.»

Y seguía la muchedumbre enardecida dando vivas, y pasaban camionetas llenas de obreros que ostentaban banderas rojinegras, suprimido el servicio de tranvías y de taxis, y la masa total del pueblo, dueña de la calle y de sus destinos, mantenían el orden natural obra del mutuo respeto y la cordialidad, sin imposición violenta alguna y sin

intentar actuar directamente confiado en el recto funcionamiento de la organización.

Pero aquella masa inmensa era todo el pueblo de Barcelona. El entusiasmo había contagiado a quienes nunca habían figurado en el sindicato y aún a quienes antes lo habían combatido. El milagro estaba hecho y ya no había comunistas estatales ni republicanos ni indiferentes, y toda la masa popular celebraba con inmenso entusiasmo el comienzo de una nueva era de justicia y libertad.

Entre tanto, los burgueses, escondidos en sus lujosos hogares atisbaban medrosos el exterior a través de los visillos. ¿Qué hacían las autoridades que no los defendían ametrallando a aquella plebe que se había adueñado de la población y pudiera muy bien sentir las tentaciones del saqueo?

No podían concebir el triunfo del comunismo libertario, ya que habían pagado a los políticos para que organizasen un ejército que los defendiese. Ya vendría más tarde la reacción y se vengarían del mal rato que estaban entonces pasando.

El más alegre de todos era yo. Porque todo el pueblo sentía la embriaguez del triunfo, pero flotaba en la atmósfera cierta inquietud ante el desconocimiento de lo ocurrido en el resto de España y del desarrollo que tendrían en el porvenir de los acontecimientos. Yo en cambio, sabía perfectamente que asistía al triunfo definitivo, a la implantación del comunismo libertario.

GENERALIDAD DEL MOVIMIENTO

El Sindicato Nacional de Teléfonos había respondido perfectamente al movimiento incautándose de todas las centrales, menos la de Madrid, y manteniendo la huelga en cuanto al servicio ordinario, aunque tramitando todo género de noticias oficiales entre los diferentes sindicatos, comités y organismos de la CNT.

El comité revolucionario había así controlado en todo momento el movimiento y sabía a qué atenerse respecto a su desarrollo. El camarada Riquer, que era nuestro delegado en el Comité Nacional, trajo a nuestro sindicato noticias que despertaron gritos de entusiasmo y vivas a la FAI.

Cataluña había respondido íntegramente, salvo algunos chispazos de bolchevismo señalados en la provincia de Lérida desde donde había telefoneado algún pretendido comisario del pueblo hablando de frente único.

Desde Zaragoza había telefoneado la Confederación Regional al Comité Nacional dando cuenta de que en toda la región había sido proclamado el comunismo libertario sin incidente de ninguna especie. La fuerza pública parecería haber recibido la consigna de inhibirse encerrándose en sus cuarteles.

En igual sentido se habían recibido noticias del Norte, de Galicia, de Valencia y de Baleares y Canarias.

En Andalucía había sido el levantamiento general, pero con numerosos incidentes ocasionados unas veces por la lucha entre los comunistas libertarios y los estatales, y otras por el desbordamiento de pasiones que habían conducido a la violencia.

Toda la región del Centro se había levantado excepto Madrid. En la Capital de España había salido aquella mañana el Sol iluminando un salvaje espectáculo de ocupación militar: tropas en los lugares estratégicos, patrullas de jinetes, ametralladoras, carros de asalto, cañones… Entre tanto la policía, la Guardia civil y el cuerpo de Seguridad no se daban descanso en la tarea de detener sindicalistas.

Los ferroviarios habían respondido perfectamente a la consigna y habían detenido los trenes en los lugares previamente designados. A las seis de la tarde, asegurando el éxito del movimiento, excepto en lo referente a Madrid, habían sido circuladas por el comité revolucionario órdenes para que, los trenes continuasen su recorrido, aunque dejando incomunicado a Madrid. Considerando al ferroviario como servicio público, se viajaría sin pagar, pero se exigiría a todo viajero una autorización para realizar el viaje expendida por el Sindicato de su filiación.

Los ramalazos de comunismo estatal que se habían manifestado en numerosas localidades andaluzas y en alguna de Lérida, al difundirse la noticia de la generalidad y grandeza de nuestro movimiento, antes de la noche de aquel día habían sido dominados por los libertarios sin encontrar grave oposición.

Por el Comité revolucionario y como medida que juzgaba necesario para asegurar el movimiento, se había ordenado que se cerrasen las fronteras que solamente podrían ser atravesadas por quien llevase orden expresa avalada por el Comité Nacional.

Este, velando por la primordial de sus funciones, puesto al habla con los diferentes Comités regionales, se había preocupado de asegurar el más rápido y completo abastecimiento de las grandes capitales, sobre todo de Barcelona y de Madrid…

— ¿De Madrid también? —preguntó uno.

— Naturalmente —contesto Riquer—. Los madrileños, aunque sufran en estos momentos la estúpida tiranía de que los demás hemos sabido emanciparnos, son nuestros hermanos y no hemos de consentir que pasen hambre. Estas monstruosas organizaciones ciudadanas, estas grandes urbes, devoraran diariamente una inmensa cantidad de comestibles sin la que el hambre haría rápidos estragos. Afortunadamente han respondido a nuestro movimiento los campos con tanto entusiasmo como unanimidad. Los comités locales han enviado a los regionales la nota de los abastos que necesitan sus comunidades locales así como de cuanto pueden ofrecer. Con los resúmenes de las necesidades de todas las Confederaciones regionales, ha podido hacer el Comité Nacional la lista de lo que cada comité de campesinos debe facturar consignando a cada población. Los campesinos han sido invitados a manifestar qué género de mercancías les interesa recibir en compensación, asegurándoles que, una vez evaluados los víveres que ellos envíen en horas de trabajo, recibirán mercancías en tal cantidad que se haya empleado igual número de horas de trabajo en fabricarlas.

— Precisamente —añadió— ha sido con miras al abastecimiento de las grandes poblaciones el dar pronto la orden de que reanuden su marcha los ferrocarriles. Hoy y mañana pocos pasarán hambre, por que, siendo generalmente previstos los acontecimientos, todo el mundo ha hecho provisiones para varios días. Pero es preciso que pasado mañana, en cuanto los Sindicatos se decidan sobre la forma que ha de adoptarse para la distribución pueda ésta comenzar inmediatamente a ser

realizada con toda regularidad. Todo estaba ya estudiado y previsto y el lunes seguramente reanudarán, el trabajo todas las fabricas y serán abiertas todas las tiendas y la vida social adquirirá su nuevo ritmo lleno de armonía serena y eficaz.

LA FUERZA PÚBLICA

Una de las primeras gestiones realizadas por el Comité local, una vez posesionado del Ayuntamiento, fue intentar inútilmente ponerse al habla con las autoridades militares. No consiguió comunicar por teléfono con la Comandancia Militar, con la Jefatura de Policía ni con ningún cuartel y, según se supo después, se había dado orden terminante de que estuviesen descolgados los auriculares de todos los teléfonos para inutilizar temporalmente su funcionamiento.

Los comisionados que fueron enviados por el Comité local no fueron tampoco recibidos.

Teléfonos propuso montar un servicio de inspección permanente en los aparatos automáticos para poder interceptar cualquier comunicación que intentasen establecer las autoridades, pero éstas se abstuvieron en absoluto de utilizar el teléfono de la red general. Seguramente se entendían por la red telegráfica y telefónica militar y se intento establecer derivaciones, aunque sin obtener resultado alguno.

Yo fui uno de los primeros que pudo averiguar algo, pues la noche de aquel jueves famosa me tropecé en el llano de la Boquería con un antiguo amigo que conocí en África y que después se había alistado en el cuerpo de Seguridad.

— Te andaba buscando —me dijo— para que me informes de lo que vais a hacer con nosotros.

— ¿Con vosotros? Os vamos a transformar de lo que sois en trabajadores honrados.

— ¿Pero no corren peligro nuestras vidas?

— ¡Idiota! — le contesté.

—No puedes imaginarte el pánico que hay en la Jefatura y en las Delegaciones. Tú ya sabes que yo me hice guardia para poderles dar un pedazo de pan a mis hijos y que siempre he simpatizado con tu manera de pensar y nunca he creído que el triunfar vosotros os ensañaseis con los guardias. Pero hay allí tanto miedo que hasta yo mismo he llegado a inquietarme. He tratado de tranquilizarlos diciéndoles que te conocía a ti, que eres uno de los jefes…

— ¡Alto! —le interrumpí—, entre nosotros no hay ningún jefe.

— Bueno, entiéndeme lo que quiero decir. Yo les he asegurado que te conozco bien y que sé que eres un verdadero caballero.

— No seas imbécil —volví a interrumpirle—. Un verdadero hombre sí. La caballerosidad es una filfa.

— Vamos, quiero decir que les he asegurado que eras muy buena persona y que si los demás son como tú no nos pasaría nada malo. No querían creerlo y me aseguraban que todos los de la FAI son sanguinarios y feroces y que estaban seguros de que estaban esperando ver el primer guardia para escabecharlo. Tanto he insistido que me han pedido que saliera vestido de paisano a buscarte para preguntarle que estáis dispuestos a hacer con nosotros, los sindicatos capitalistas.

Lo tranquilicé por completo y lo llevé al Ayuntamiento, poniéndolo al habla con el Comité local, entablándose así las negociaciones que dieron por resultado el que los guardias de Seguridad detuviesen a sus jefes y se rindiesen entregando las armas.

Los jefes y oficiales del cuerpo de Seguridad, al verse en nuestro poder, demostraron con sus claudicaciones su estúpida ignorancia, pues, pese a que su clase parecía obligarles a poseer cierta cultura, nos tenían más miedo que los mismos guardias y, para congraciarse con nosotros, nos pusieron al corriente de las interioridades de la autoridad.

Todo esto ocurrió en una Delegación, cuyos agentes de Vigilancia se mostraron aún más por debajo que los oficiales de Seguridad y el ejemplo cundió en tal forma que antes de las ocho de la mañana todo el cuerpo de Vigilancia y todo el de Seguridad de Barcelona, incluidos los guardias de asalto y el mismo jefe superior de policía, estaban desarmados y vestían de paisano, siendo entregadas sus armas a los cuadros de los Sindicatos.

Ya nos fuimos orientando sobre el estado de ánimo de las autoridades. De Madrid habían recibido orden de mantenerse al margen de los acontecimientos esperando la mejor oportunidad para intervenir en ellos. Paro había sido inmensa la sorpresa de todos al enterarse de la magnitud del movimiento gracias a la continua emisión de noticias realizada por la radio.

En los cuarteles se había procurado evitar a toda costa el que la tropa se enterase de lo que fuera de ellos ocurría, pero nos aseguraron algunos oficiales de Seguridad que se iban enterando sin que se supiera cómo y que ya empezaban a notarse síntomas de indisciplina. Algunos de esos oficiales que se prestaron a entrevistarse con los jefes del ejército para intentar entablar con ellos negociaciones, entraron en los

cuarteles y no volvieron a salir, seguramente quedando en ellos detenidos.

ENCUENTRO AGRADABLE

Para dar al lector clara idea de cómo se desarrollaron los acontecimientos, sin relatar minuciosamente, día por día, hora por hora, cuanto sucedió, explicaré brevemente que el viernes celebraron Asamblea todos los Sindicatos y tomaron acuerdos, enviando delegados con mandato imperativo a la Asamblea local que se celebro el sábado en el Liceo, con enorme asistencia de público que llenaba el gran local, sin que fuese tomada absolutamente ninguna precaución para mantener el orden que no fue alterado en lo más mínimo, y que en dicha Asamblea fueron acordados los puntos fundamentales de la organización del nuevo orden de cosas en el ayuntamiento libre de Barcelona, entre ellas la ponencia de Intelectuales creando los bonos de distribución, que ya hemos dado a conocer, y también se acordó que el día siguiente, domingo, funcionasen los espectáculos públicos y los medios de comunicación y transporte, correos, telégrafo, teléfonos, tranvías, metropolitanos, autómnibus y taxis, todos gratuitamente, con determinadas limitaciones para este último servicio.

El lunes siguiente, se reanudaría la vida normal en todos sus aspectos, siendo expendidos los bonos de distribución, reanudándose el trabajo en todas partes y abriendo sus puertas los establecimientos de distribución así como los mercados de abasto.

Para dar a conocer como licenciamos el ejército, contaré el encuentro que tuve algunos días después con un buen amigo mío.

Un buen amigo mío a quien hoy no conozco todavía, pero que era muy buen amigo mío en 1945. Hoy tendrá siete años, pues aquella tarde, en que me lo encontré en circunstancias tan extrañas, tenía veinte años de edad. Hoy, en 1932, a estas horas, estará en la escuela, en la escuela racionalista que está forjando en él el anarquista de mañana que yo encontré dicho día en la calle Ancha en traje de baño con un «maillot» negro y rojo y alpargatas blancas.

Era el primer pollo-pera de 1945 que veía, desconocedor aún de que en aquellos tiempos había impuesto la moda la costumbre de que fuesen a la playa los elegantes de ambos sexos desde su casa en dicho traje. Así es que lo miré con sorpresa, y más cuando lo vi venir hacia mí con los brazos abiertos, diciéndome:

— Abrázame, querido amigo Rizo. ¡Por fin hemos triunfado!

Y, sin saber yo cómo, mientras nos abrazábamos, brotaron de mis labios las siguientes palabras:

— ¡Querido amigo Olesa! ¡Por fin hemos triunfado! ¿Por fin te ves reintegrado a tus estudios y libre para siempre del odioso servicio militar?

— ¡Ya ves qué suerte! ¡En época de vacaciones!

Se trata de un muchacho estudiante que pertenecía a la Sección correspondiente de nuestro Sindicato de Obreros Intelectuales y era delegado en el pleno del Comité, que en aquellos días era soldado de cuota y se había encontrado acuartelado el de la proclamación del comunismo libertario. Ya me había encontrado varias veces en caso parecido ante un amigo desconocido por mí en los tiempos actuales cuyo nombre brotaba espontáneamente de mis labios y a cuya conversación correspondía acertadamente sin saber yo cómo y,

además, había aprendido a sentir instintivamente hasta qué punto llegaba el cariño que me inspiraba su persona.

— ¿Vas a bañarte? —le pregunté.

— Voy a remojarme un poco antes de la junta. Esta tarde nos reunimos en el Club de Natación la ponencia encargada de la reorganización de la sociedad sobre bases comunistas libertarias —me contestó.

— ¿Llevas mucha prisa?

— No, ninguna. No nos reunimos hasta el oscurecer y me sobra tiempo para zambullirme en el agua y tomar un baño de sol.

— ¿Quieres, entonces, que te convide a un refresco mientras me cuentas detalladamente los sucesos del cuartel?

— ¿No he de querer? —me contesto lanzando una alegre carcajada—. El recordar y contar tales sucesos es uno de los placeres más grandes de mi vida.

— ¿Dónde quieres que vayamos?

— ¿A ti te da lo mismo un sitio que otro?

— Por completo —le respondí—. Ya sabes que mi profesión de escritor no está sujeta a horario ni a jornada de trabajo y dispongo de mis horas libremente, además de que escuchándote trabajo y aporto materiales para mi labor futura.

— Pues entonces, acompáñame camino del club por la Barceloneta y podremos entrar en uno de los bares del Paseo de la Democracia Social.

— ¿Cuándo cambiaremos esos nombres tan feos?

— No se da prisa en ello el Comité local y hace bien. La ridiculez inmensa de la obra socialista pudiera ser repetida por el comunismo libertario y nuestro hijos se reirían de nosotros si, por ejemplo, al que antes fue Paseo Nacional y los socialistas lo nombraron Paseo de la Democracia Social le rotulásemos nosotros Paseo del Anarcosindicalismo.

— Las ideas pasan, los tiempos cambian y las cosas siguen. Así resulta peligroso adjetivar las cosas con arreglo a los tiempos. Por eso, precisamente, es de desear que estos nombres desaparezcan, pero no para ser substituidos por otros, sino por una sencilla numeración.

— ¿No será eso muy confuso en una población tan grande? —me pregunto mientras pasábamos frente al antiguo Gobierno Civil ocupado por la sección de Obreros del Puerto del Sindicato de Trasportes.

— Al contrario —le contesté—. Anoche surgió la iniciativa, en nuestro sindicato y la estudiamos detenidamente. División y numeración decimal. Diez demarcaciones cada una con diez distritos y cada distrito con diez barrios y cada barrio con diez sectores. Cada sector ha de tener forzosamente menos de diez calles, puesto que estas no llegan a 100.000. Los nombres de las calles serán números de cinco cifras que nos permitirán inmediatamente saber donde están situadas por indicar la primera la demarcación, la segunda el distrito, y así sucesivamente.

— ¡Parece mentira —me dijo en tono admirativo— la transformación tan radical que experimenta todo! Nosotros mismos, tras de estudiar con todo detenimiento los cambios que sería necesario introducir al establecer el nuevo régimen, nos encontramos sorprendidos con que la transformación tiene un enlace inesperado y al mismo tiempo nos

sentimos maravillados por la sencillez de las soluciones que encuentra para todo la nueva fórmula social.

— ¿Entramos aquí mismo?

— Como quieras.

— ¿Qué quieren los camaradas que les sirva? —nos preguntó un camarero cuando nos hubimos sentado.

— ¿Por qué no nos pregunta qué queremos que nos traiga?

— Cuidado —intervine yo—. Denigra servir a un amo, pero no a un compañero.

— El comunismo libertario —me contestó Olesa— ha de modificar el léxico y borrar las palabras que recuerdan la antigua abyección. Servir viene de servidumbre y de siervo.

— Todo se andará —le dije—, pero no hay que correr tanto. ¿No te parece bien que nos *aporte* unos helados?

— Sí, que nos *proporcione* dos grandes de café helado.

— Voy inmediatamente a *distribuírselos* a ustedes.

— No crea usted que me he tratado de darle una lección ni le he juzgado un cavernícola por habernos ofrecido sus servicios.

— El camarada Rizo —contestó el camarero— sabe que no soy un frigio.

— Tienes razón —conteste sin saber cómo—. Es un buen camarada de los Exploradores del Porvenir.

— Frigio ese viejo, que era el antiguo dueño —nos dijo bajando la voz y señalando con un guiño a otro camarero—. Como todos, es de los que más exageran un fingido entusiasmo.

— Cóbrese —le dije dándole un bono de una hora de trabajo cuando nos trajo los helados.

CÓMO LICENCIAMOS EL EJÉRCITO

Mi amigo Olesa, con una gracia incomparable, viendo las cosas siempre por su lado cómico, me fue contando el proceso interior de la sublevación de los soldados cuyos efectos conocimos cuando éstos abandonaron los cuarteles con los fusiles colgados al hombro a la funerala dando vivas al comunismo libertario y dejando a los jefes y oficiales bien atados en el cuarto de banderas bajo la vigilancia de una guardia de toda confianza.

Ya conocía yo la organización que había sido establecida por nuestros afiliados durante del periodo de su servicio militar. Para poder actuar sin despertar sospechas y sin miedo a delaciones, había adoptado las reglas de los exploradores del Porvenir, formando tertulias agrupadas en peñas que a su vez se agrupaban formando un grupo. Los grupos de los diferentes batallones formaban varias secciones sin que hubiese en Barcelona bastantes afiliados militares para llegar a formar un sector, pero lo formaban con otras secciones de paisanos, generalmente escoltados de licenciamiento reciente, encontrándose así en contacto con toda la organización.

Los nuevos soldados de nuestra ideología, que eran ya conocidos por los demás, se incorporaban inmediatamente a las tertulias con vacantes, y los que venían de fuera, si eran de los nuestros, traían una sencilla carta de presentación y visita para cualquier explorador militar o paisano que lo daba a conocer a los demás.

Pero, además de la organización de los E. del P., constituían un *cuadro*, unidad orgánica militar sindicalista, sirviéndose de la organización anteriormente expuesta para poder actuar clandestinamente.

Una vez cada semana se reunía cada tertulia en cualquier taberna y entre las bromas y algazara de la soldadesca se enteraban sigilosamente por conducto del delegado de la tertulia en la peña de las sugerencias de los organismos superiores o de otras tertulias que debían ser discutidas hasta recaer acuerdo y por el mismo conducto enviaban sus conclusiones o sus iniciativas, todo como se hace siempre entre los E. del P. Pero, al mismo tiempo, atendían al funcionamiento orgánico del cuadro constituido exactamente igual que un consejo de fábrica o que la junta administrativa de un sindicato, con la sola diferencia de que, en lugar de celebrar asambleas, deliberaban las tertulias y era más tarde realizado el escrutinio de las votaciones parciales para obtener la total, aunque casi todos los acuerdos eran tomados por aclamación.

Olesa me manifestó que el cuadro de su batallón estaba formado por unos 300 anarquistas para unos 700 soldados en total, encontrándose las tertulias y las peñas bastante nutridas. Estaban en contacto continuo con el Comité local y tenían instrucciones claras y concretas sobre lo que deberían hacer.

El día de la proclamación del comunismo libertario, encontrándose el batallón acuartelado, sentían todos inmensa ansiedad ante los acontecimientos que se avecinaban, al mismo tiempo que entusiasmos juveniles muy capaces de conducirlos hasta el heroísmo.

Las instrucciones que tenían eran de obrar atemperándose a las circunstancias sin que se esperase de ellos un suicidio estéril, pero, arrastrados por su entusiasmo, estaban todos decididos a hacer una barbaridad en cuanto se presentase una ocasión propicia.

Mi amigo Olesa era grandiosísimo pintando a lo vivo la suprema ridiculez castrense y ante mis ojos desfilaban las regocijantes figuras de la oficialidad que él me pintaba con vivos colores humoristas.

El coronel protocolario, ante quien había de cuadrarse militarmente para hablarle todo dicho viviente que fuese menos que él, pero a quien ponía en continuo ridículo la coronela que había sido criada de servir en sus mocedades y era como la cristalización de la chabacanería. El buen señor era un fervoroso creyente que ofrendaba ante la divinidad los sufrimientos y los cuernos que les proporcionaba su mujer como meritos para alcanzar la gloria eterna.

El teniente coronel grosero que siempre tenía los testículos en la boca, permanentemente ebrio por el placer morboso de la salacidad de su lenguaje, igual que quien disfruta con el olor de las ventosidades propias.

El comandante borrachín que en sus melopeas se sentía anarquista sin saber de manera segura lo que dicha palabra significa.

El otro comandante entrampado hasta las pestañas que le debía hasta a su asistente y vestía del almacén.

El pobre teniente lleno de preocupaciones rancias y pueriles a quien llamaban todos don Friolera aunque, como soltero, careciese se mujer casquivana.

La capitana que se entremetía en todo y administraba la compañía de su marido con el mezquino espíritu de una patrona de casa de huéspedes.

Todos estos tipos estaban encerrados en el cuarto de banderas escuchando ansiosamente un altavoz cuyas lámparas habían arreglado para que reprodujese muy bajito los sonidos trasmitidos por las ondas, mientras los soldados y la clase de tropa estaban encerrados en los locales de sus compañías con prohibición absoluta de salir de ellos.

Las noticias, que iba recibiendo por teléfono el Comité Nacional, y éste hacía radicar cada cuarto de hora, eran motivo para aquellos hombres del estupor más aplastante, aunque los más optimistas se asegurasen a sí mismos, deseosos de engañarse, que todo aquello era mentira. De todos modos era cierto que Barcelona se había levantado como un solo hombre y que había que suponer, no tardarían en venir refuerzos y pronto se dominaría la situación.

Entre tanto, lo interesante era que las noticias, verdaderas o falsas, no llegasen hasta la tropa. En cuanto pedía permiso para entrar al cuarto de banderas el cabo de cuarto o el ordenanza, antes de autorizar su entrada era cortada la corriente que alimentaba el aparato para que enmudeciera, y se adoptaron todo género de precauciones para evitar que los soldados pudiesen sospechar la gravedad de la situación exterior.

Entre tanto, los soldados en las compañías comentaban los acontecimientos y la carencia de fuentes informativas hacía que circulasen los rumores más exagerados y absurdos propalados y fomentados por los nuestros que se habían dado cuenta de que su papel debía ser en aquellos momentos el de soliviantar los ánimos creando un agudo estado de inquietud.

Nada más fácil dada la conducta de la oficialidad. El ordenanza de banderas había contado que en lugar de jugarse los cuartos y de emborracharse, como solían hacer en las cuarteladas ordinarias,

estaban pendientes del altavoz amortiguado que hacían callar en cuanto había de entrar alguien.

El telegrafista de la estación militar del cuartel, soldado de ingenieros que pertenecía al cuadro orgánico sindicalista del batallón (Organización por industria) nos daba cuenta de los despachos que se recibían de la comandancia militar y que confirmaban el pesimismo de los radioescuchas. Así fue transcurriendo el tiempo y se fue acentuando el pánico de la oficialidad y la inquietud de la tropa y la alegría de los nuestros que ya se iban atreviendo a hablar en voz alta de sus idealismos y a hacer propaganda descarada del comunismo libertario.

Siguió pasando el tiempo y creció de tal modo el estado de inquietud de los soldados que los sargentos sintieron miedo también y casi todos empezaron a blasonar de extremistas y de revolucionarios.

Uno de ellos, comprendiendo la gravedad de las circunstancias y dominado por lo que él consideraba el concepto del deber, prohibido terminantemente que nadie saliera del local de la compañía, envió con el asistente un recado al capitán manifestándole que tenía necesidad imperiosa de hablar con él y rogándole que le permitiese bajar al cuarto de banderas, o que subiese él al dormitorio. Cuando, en el cuarto de banderas, contó a su capitán ante todos los jefes y oficiales el estado en que se encontraba la tropa, el pánico de la oficialidad no reconoció límites. El coronel ordenó que los capitanes y los oficiales subiesen a los dormitorios de sus compañías encareciéndoles que con el mayor tacto posible se impusiesen a los revoltosos y restableciesen la más estricta disciplina.

Olesa me contaba entre carcajadas la cara de pánico que tenía su capitán mientras con voz temblorosa arengaba a sus hombres formados en ala diciéndoles que la patria esperaba de ellos que, si

llegaba el momento, sabría cumplir con su deber restableciendo el orden alterado por los ilusos soñadores…

Cuando estaba con lo de los ilusos, dando medida vuelta, acertó a ver un cartelón enorme con un ¡VIVA EL COMUNISMO LIBERTARIO! y se desconcertó.

— Entre vosotros —dijo—, hay también un iluso que se ha atrevido a poner ahí ese cartel. Comprendo la efervescencia de ánimo que se produce en vosotros como consecuencia de los actuales acontecimientos y esto me hace disculpar tal acción. Pero quien tal ha hecho, debe tener la dignidad de dar la cara como buen militar y hombre de honor. A mi voz de mando, que dé un paso al frente quien ha puesto ese cartel. De frente… ¡Mar…!

Y dio un paso al frente toda la compañía, absolutamente toda, con unanimidad aplastante, mientras el capitán y los oficiales, enloquecidos por el pánico, se dirigían hacia la puerta.

Desdichadamente para ellos, la puerta estaba al otro extremo y junto a ella los armeros. Los militares de la compañía, y entre ellos Olesa, rompiendo filas, corrieron a recoger sus fusiles y encañonaron a los oficiales antes de que pudieran ganar la salida conminándoles con levantar los brazos. Rápidamente fueron desarmados y atados mientras resonaban gritos entusiastas.

— Muchachos —dijo gritando un sargento que se sentía caudillo—, ahora es necesario que nos obedezcáis a nosotros los sargentos para que no resulte caótico este glorioso movimiento y podamos defendernos si otras compañías nos atacan.

Con gran sorpresa se vio también encañonado por los nuestros que le dijeron secamente:

— Camarada: si eres de los nuestros, podrás pelear a nuestro lado, y si no lo eres te encerraremos en el cuarto amarrado con los oficiales, pero has de saber que entre los comunistas libertarios no hay nadie que mande.

El sargento, con los brazos en alto, se esforzó en vano intentando convencerlos. Él había dado también el paso al frente y se solidarizaba con la causa comunista libertaria y pelearía por ella hasta morir. Pero debía comprender que sin mando era imposible toda operación militar. Si no querían obedecer a los sargentos, que nombrasen otros jefes, pero que ejerciese el mando alguien.

— El mando —se le contesto—, lo ejerce la colectividad social, y sus ordenes se encarga de que sean cumplimentadas el comité de unidad orgánica con funciones de técnico. Todos cuantos quieran seguir a nuestro lado deben arrancarse inmediatamente los galones.

Mientras lo hacían así sargentos y cabos, apareció otra compañía armada y sublevada también que venía a unirse con nosotros y en pocos momentos estaba sublevado todo el batallón. La plana mayor, en el cuarto de banderas, como la oficialidad en las compañías, no tuvo la gallardía de hacerse matar. El Consejo de batallón se reunió y acordó que la tropa saliera a la calle con los fusiles a la funerala, mientras ellos iban a recibir órdenes del Comité local. Se tocó generala y un miembro del Consejo les digirió la palabra a los soldados formados con armas en el patio del cuartel. Como delegado de la Organización, se constituía el Consejo en director del movimiento y acordaba que los soldados saliesen a la calle a fraternizar con el pueblo. A la hora del rancho debían estar en el cuartel. Seguramente serían licenciados el día siguiente, pues el comunismo libertario no tendrá nunca más soldados que los obreros mismos, dispuestos a pelear siempre que sea preciso.

Tras de romper filas a invitación de quien les hablaba de mando, se tocó marcha de frente y fueron abiertas las puertas del cuartel, ocasionando en Barcelona la enorme alegría que es de imaginar.

DOS FRIGIOS

Cuando terminó Olesa su regocijante narración y luego de hacer algunos comentarios sobre el licenciamiento de las tropas y el armamento de los cuadros de los sindicatos, se me ocurrió interrogar al camarero que había sido antes dueño de aquel bar.

— Escuche usted —le dije tras de hacerle acercarse con una seña—, yo creo reconocerle a usted: ¿No era usted antes el dueño de este establecimiento?

— Sí, señor —contestó—, era el infame burgués que explotaba lo más vilmente que podía a cuantos se acercaban por aquí.

— ¿Y no le ha dolido a usted el cambio de régimen?

— ¿Cómo quiere usted que me duela el bien de la humanidad de la que formo parte? En el antiguo régimen éramos todos burgueses, explotadores y explotados. La vida era una lucha continua por fastidiar a los demás y el proletario, al pretender su mejoramiento económico, actuaba burguesmente puesto que defendía sus intereses fundamentados en una ambición egoísta o de mejoramiento personal. Era preciso, para poder vivir, acorazarse de mentira. En el régimen capitalista y autoritario era todo falso y las buenas intenciones no eran sino una tontería perjudicial. En aquella guerra a muerte todos nos causábamos mutuamente dolor, pero había que anestesiar el corazón y continuar batallando. Entre ser explotador o explotado, opté naturalmente por lo primero, ya que los explotados, por muy puros que

fuesen, jamás estaban limpios por completo del mismo pecado, como lo demostraba la propensión al esquirolaje, el trabajo en horas extraordinarias al que fácilmente accedían los obreros, aún en épocas de paro forzoso y la propensión al autoritarismo entre los que se llamaban ácratas. Opté por ser explotador y, naturalmente, me vi conducido a cometer infinidad de infamias, pero no era yo quien las cometía, sino la organización social que obligaba a cometerlas a todos los burgueses que no quisieran proletarizarse. Era una guerra a muerte feroz que le hacía a uno estar pendiente continuamente de las veleidades del negocio. El dinero era para mí un dios omnipotente y magnífico al que rendía adoración. Todo para él ya que me hacía poderoso y cuanto más dinero tenía más ganaba. Pero, sobreviviendo en incesante inquietud, no podía disfrutar de dicho dinero, porque me parecía una profanación malgastarlo y porque el cuidado de mis negocios no me dejaba tiempo ni humor para divertirme. Los capitalistas, en el antiguo régimen, no teníamos jornada de trabajo. Todos nuestros momentos de vigilia estaban ocupados por el cuidado de nuestros negocios, por nuestras aspiraciones a mejorar de rango, por nuestra preocupación por el porvenir de la familia. Mientras dormíamos soñábamos lo mismo.

Aquel hombre hablaba con la elocuencia de un convencido diciendo verdades como puños que él tenía motivos para conocer bien. En la mesa de al lado, un señor de cierta edad elegantemente vestido, escuchaba al antiguo burgués con verdadero interés. Nuestro interlocutor continuó:

— Ahora, en cambio, no tengo absolutamente ningún quebradero de cabeza. Tengo el pan asegurado para toda la vida y lo mismo le ocurre a todos los míos. Solamente tengo que trabajar ocho horas, cuando antes trabajaba siempre. Estoy acostumbrado a economizar, que, aunque la gente joven de mi casa, en la edad de divertirse, es algo derrochona, casi todas las semanas ahorro algunas horas de trabajo en beneficio de

la colectividad. No pueden ustedes imaginarse lo grata que es, tras de aquella guerra, esta paz. Me doy mejor vida que antes, tanto en el concepto económico cuanto en el material. Como más y mejor que antes, visto mejor, descanso, paseo, voy al teatro y al cine y hasta me queda tiempo para leer. Y leo a Eliseo Reclus, a Kropotkin, a Proudhon, a Tolstoi, a Pi y Margall, a Malatesta, a todos los escritores libertarios, maravillándome de que sus verdades tan luminosas y tan nobles, hayan tardado tanto tiempo en abrirse camino; sorprendido de haber podido vivir tanto tiempo sin sospecharlas y considerando a los anarquistas como los bandidos más odiables.

El elegante caballero de la mesa de al lado extremaba su atención y parecía querer mezclarse en la conversación mientras el antiguo burgués continuaba:

— Hay la general preocupación de que los antiguos burgueses que ahora defendemos el nuevo estado de cosas y a quien se ha dado en llamar frigios, exageramos nuestro amor por el régimen para hacernos perdonar nuestro antiguo proceder e intentar —con artimañas burguesas— alcanzar puestos de mangoneo que nos consuelen de haber perdido la fuerza. Yo les aseguro a ustedes que no deseo en absoluto ejercer cargo alguno y que si me lo ofrecieran no lo aceptaría jamás. Y también les aseguro que defiendo con entusiasmo el nuevo régimen, porque con él he salido ganado y creo que igual les sucede a cuantos antiguos burgueses lo defienden.

El elegante caballero de cierta edad que estaba sentado en la mesa de al lado, por fin, se decidió a intervenir en la conversación:

— Tiene usted razón —dijo—, y debemos defender con entusiasmo el nuevo régimen por representar la paz y la cordialidad entre los hombres, aunque no todos han salido ganando con el nuevo estado de cosas.

— ¿Cómo que no? —replicó el camarero—. Obreros y patronos: a todo beneficia por igual el nuevo orden social.

— Estoy conforme —contestó el otro—. Beneficia a obreros y a patronos, es decir, a casi todos los hombres, por lo que yo lo acepto y lo defiendo y lo defenderé. Pero hay quien como yo no era patrón ni obrero y toda una vida de actividad y toda una gloria legítimamente conquistada se han visto deshechas con el nuevo régimen.

— ¿Cuál era la profesión de usted? —le pregunté, intrigado.

Y aquel elegante caballero sacó del bolsillo del pecho una cartera de piel de Rusia y de ella una tarjeta que me alargó con displicencia diciéndome:

— Creo que es mi nombre bastante conocido para que le dé a usted una explicación satisfactoria.

En efecto, la tarjeta hablaba elocuentemente. Decía: «Eduardo Rubio Fernández (Chiquito).»

— ¿De modo que es usted el famoso estafador internacional?

— El mismo. Ya ve usted que no formaba en las filas de los capitalistas ni en las de los proletarios, aunque estuviese, como éstos, en lucha eterna con aquellos y con el Estado.

— ¿Y no le satisface a usted el nuevo orden de cosas que le permite, como a tantos otros, su dignificación?

— El nuevo estado de cosas me ha partido por el eje, porque ya me es absolutamente imposible estafar. Sin dinero y con unos bonos que

solamente tienen valor durante una semana, es imposible cometer la menor estafa. Sin ricos a quienes engañar carece de objeto mi vida.

— Pero puede usted trabajar honradamente…

— No me asusta el trabajo, sobre todo determinadas suertes de trabajos. No puede usted imaginarse cuanto hay que trabajar para cometer una estafa. Pero es que yo, después de ser estafador toda la vida, veo truncada mi carrera con el advenimiento del comunismo libertario, como les ocurre a otros muchos de mi profesión. Comprendo que quien delinquía obligado por las circunstancias o cediendo a una poderosa tentación circunstancial, se amolde fácilmente a los tiempos nuevos y rehaga su vida honradamente. Pero yo no he sido nunca un aficionado ni un intruso, sino un profesional. Yo estoy orgulloso de mi fama alcanzada en buena lid. Por eso ando loco buscando influencias para que el Comité Nacional me conceda permiso para cruzar la frontera, para que me deje ir a mi terreno, donde haya capitalistas y dinero.

UN DESNUDISTA

— Mire usted, Chichito, simpático Chichito, usted es un rebelde en lucha eterna con el capitalismo y merece obtener una patente de corso para maniobrar libremente en los países burgueses, pero comete un grave error al esperar conseguirla por medio de recomendaciones. Eso era antes, pero ahora, sin autoridades, no hay recomendación que valga. El Comité Nacional ha de limitarse a *ejecutar* los acuerdos de la colectividad, y uno de ellos es el de que nadie atraviese, hasta nuevo orden, la frontera en uno ni en otro sentido, como no sea para ejecutar alguna misión que le sea especialmente conferida. El recurso que le cabe es el de exponer su situación a su sindicato y que éste solicite el que se le deje a usted marchar para que pueda seguir *castigando* burgueses. ¿A qué sindicato pertenece usted?

— Yo he considerado siempre mi trabajo como un arte y me he afiliado al Sindicato de Obreros Intelectuales y Profesiones Liberales, sección de Artistas.

— Bien, hombre, es el nuestro, y en su seno procuraré resolver su situación de una manera regular, sobre todo, si usted se presta a ayudarnos en algo sumamente interesante para lo que está usted especialmente capacitado.

— Yo estoy dispuesto a hacer cuanto esté a mi alcance en beneficio del nuevo régimen, menos renunciar a mi profesión.

— Pues esta noche vaya usted por allí. Lo propondré como técnico para formar parte de la ponencia que estudia la manera de asegurarnos de que en el uso de los bonos de distribución no puede ser cometida irregularidad alguna. Usted, con su larga practica y su despierta imaginación, podrá informarnos de qué estafas pueden ser cometidas para que tomemos precauciones previas contra ellas. Después de tal ayuda creo que nuestro Sindicato no tendrá inconveniente en proponer al Comité Nacional el que le deje a usted salir.

— Hay mil maneras de estafar, pero con sus bonos esas estafas resultan inútiles.

— Pero pueden ser utilizados por nuestros enemigos con el objeto de perturbar nuestra economía.

— Tiene usted razón. ¡Esos burgueses! Cuenten ustedes con migo.

Chichito, que se había trasladado a nuestra mesa, llamó al camarero rogándonos que le permitiésemos convidarnos a cualquier cosa, puesto que pertenecíamos al mismo Sindicato.

— ¿Quién le puede negar nada a tan gran artista?, —le manifestó Olesa, chungón.

— Hora era ya que me fuera reconocida tan gran verdad —contestó hiperbólico.

Y contemplando mi fusil que estaba arrimado a la pared al alcance de mi mano, me dijo:

— Usted, puesto que pertenece a los cuadros, es también trabajador a pesar de su edad.

— Pudiera no trabajar, pero prefiero hacerlo. Ya ve usted hasta Loreto Prado lo hace aún. Por otra parte, mi profesión de escritor es bastante descansada.

Debo advertir al lector que en una de las recientes Asambleas deliberantes que las circunstancias obligaban a celebrar con extraordinaria frecuencia, se había acordado que los militantes que formábamos los cuadros orgánicos, entre quienes habían sido distribuidas las armas incautadas al ejército, no se separasen de ellas un solo momento y las llevasen a todas partes, para dar así una sensación de fuerza y de seguridad levantando los ánimos de los apocados y desvaneciendo las leyendas de fanáticos complots que los ex policías, deseosos de hacerse valer, habían inventado para contarnos misteriosamente.

También los ex policías nos habían venido con el cuento de que los ex burgueses conspiraban contra los bonos intentando realizar con ellos mil trampas más o menos ingeniosas, por lo que había sido nombrada la ponencia a la que Chichito había de asesorar como técnico.

Era aquel un día extremadamente caluroso y, mientras consumíamos otro helado pagado por el estafador, envidiaba yo a Olesa por la frescura de su traje.

— La verdad es —le dije—, que la elegancia de ahora está caracterizada por la comodidad y con el calor que hace te envidio el indumento.

— Pues sólo necesita imitarme.

— ¡Estaría yo bueno a mis años en *maillot!*

— ¡Y con el fusil al hombro! —saltó Olesa con una alegre carcajada.

Y, mientras reíamos todos la ocurrencia, el antiguo dueño del bar, que no andaba lejos y atendía a nuestro conversar, acercándose, nos dijo:

— El camarada tiene un justo concepto del decoro y de la estética, pero no todos son así. Precisamente está al llegar el hombre más cínico que he conocido y que todas las tardes viene a estas horas a beberse una horchata. ¿No podrían los Sindicatos tomar el acuerdo de prohibir espectáculos de tal naturaleza?

— ¿De qué se trata?

— Es un desnudista. Ya sé que el desnudismo tiene sus partidarios y que la nueva moral no se alarma ante la vista de la carne, pero ¡un tipo así!

Efectivamente, en aquel momento entraba el parroquiano costándonos trabajo contener la risa. Se trataba de un hombre de unos sesenta años inmensamente gordo, tripudo, completamente en cueros y descalzo, que se abanicaba con un paypay y, carente de bolsillos, traía en la mano sus bonos de distribución, haciéndome recordar las teorías de Viura propugnadoras del desnudismo estético en el que toda fealdad debía ser disimulada decorosamente.

UN ATARDECER EN LAS RAMBLAS

Marchó Olesa al Club de Natación y Chichito y yo regresamos a Barcelona en el tranvía. A aquellas horas de labor circulaban pocos coches e iban poco llenos, a pesar de que la necesaria adaptación de los comienzos del nuevo régimen dejase a mucha gente vagar.

El caso de Chichito, presentándose como artista, se había reproducido en tantas ocasiones y de manera tan pintoresca, que había sido necesario crear un sindicato especial con los sin oficio. En él ingresaban cuantos se comprobaba que no podían trabajar útilmente en nada y, sobre suministrar el personal que era solicitado para determinados servicios al alcance de todos, como el de portero, vigilante, etc., eran considerados sus miembros como menores en período de estudio y tenían la obligación de asistir a las clases de aprendizaje que se estaban montando.

También había sido creado el Comité de migración sindical encargado de poner orden en el cambio de profesión impuesto por la necesidad de descongestionar algunas de ellas y proporcionar obreros a otras en las que escaseaban. Entre estas últimas, tomando el acuerdo de hacer efectiva la enseñanza obligatoria hasta los diez y seis años, fue la profesión de profesor la que más imperiosamente demandaba personal y más trabajo daba a dicho comité, necesitando la Sección de Maestros de nuestros Sindicatos crear un numeroso cuerpo de inspección dada la general procedencia burguesa del nuevo profesorado.

En el tranvía nos cruzamos con los autobuses encargados de transportar a los escolares a sus casas a la salida de las clases.

Bajamos en las Ramblas que se encontraban, como siempre, sumamente animadas, pero que, al poco, al dar las siete y sonar las sirenas de las fábricas, se vieron invadidas por un gentío inmenso.

Para intensificar la producción y proporcionar trabajo al portentoso número de personas que durante el régimen capitalista no hacía nada, por paro forzoso, por desocupación accidental, por parasitismo o por tratarse de quienes vivían de sus rentas, se había montado en muchas fábricas los tres turnos de ocho horas, no interrumpiéndose un solo momento la fabricación. Lo mismo había sido hecho en varios comercios y hasta en algunas oficinas, pero, sin embargo, la masa general trabajadora en el ramo de la producción tenía el idéntico horario de nueve a una de la mañana y de tres a siete de la tarde y, al sonar esta última hora, las Ramblas se veían invadidas por una multitud inmensa que se movía con dificultad y estrechura, al mismo tiempo que los tranvías que, aunque aumentaban extraordinariamente su servicio circulaban repletos.

Y aquella multitud compacta había estado muchos días circulando a aquellas horas por las Ramblas sin la presencia de ningún guardia y sin que el orden se hubiese alterado.

Al principio, los enemigos del nuevo régimen, tenían mucho miedo para atreverse a intentar nada. Pero cuando fueron tomando confianza, pensaron en que tal orden era muy fácil de alterar y creyeron que con ello nos infringirían rudo golpe. Pero les salimos al paso haciendo que los militantes de los cuadros orgánicos no nos separásemos de nuestro fusil, y nuestra presencia ponía en aquella muchedumbre una nota pintoresca por demás. Sin ella, cualquier extranjero se hubiese

maravillado ante el aspecto normal de una población que atravesaba días de tan grandiosa trascendencia.

La gente salía de la faena alegre. Las tiendas, que cerraban dos horas más tarde, derramaban por sus escaparates torrentes de luz. La indumentaria de los trabajadores no tenía la monotonía ni el desaliño de la de los rusos sino que, por el contrario, con el nuevo orden de cosas, había desaparecido la nota de trágica miseria que era frecuente encontrar durante el régimen capitalista. Trabajadores manuales e intelectuales eran difíciles de diferenciar. Chichito lo notaba y me lo manifestaba en tono admirativo.

Poco después pasaron los camiones distribuyendo «El Noticiero» en los quioscos y pronto se formaron colas para coger cada persona un ejemplar.

— Es lo que menos me explico —me manifestó el estafador— la táctica que siguen ustedes con la prensa. La consideran como servicio público y la reparten de balde y han permitido que continúen publicándose los antiguos periódicos y les dejan ustedes decir lo que les da la gana.

— Naturalmente —contesté—. Nosotros permitimos a todo el mundo decir lo que mejor le parezca. ¿Qué mal pueden hacernos con palabras pronunciadas o escritas? Los antiguos periódicos, sindicados cuantos obreros manuales e intelectuales trabajaban en su confección, quedaron en poder de ellos para que siguiesen publicándose administrados por su consejo de empresa y sus comités de taller. Existen así en cada uno de ellos su comité de redacción que, de acuerdo con lo que decide la asamblea formada por el cuerpo de redacción, le imprime la ideología que cree mejor defender y las normas periodísticas a adoptar. Un régimen libertario necesita que todas las ideas puedan ser libremente contrastadas con la pública discusión y

una prensa libre, absolutamente libre, sin imposición de autoridades ni tiranía capitalista de empresa, es uno de los organismos indispensables para la vida de la nueva sociedad.

Me separé de Chichito, que iba a cenar, cuando, oscureciendo ya, se encendían los anuncios luminosos. Éstos ponían su nota fantástica y multicolor en las fachadas de los edificios, pero ya no anunciaban industrias ni comercios, inútil la publicidad al desaparecer la competencia, sino espectáculos, actos sociales, conferencias… y también hacían la propaganda de ideologías determinadas, discutiendo de fachada a fachada el espiritualismo con el materialismo y la moral cristiana con el desnudismo integral.

OCHO DÍAS DESPUÉS

Ya habían transcurrido ocho días en los que Barcelona había vivido bajo el nuevo régimen y en los que se había trabajado por parte de todos con verdadero frenesí para irlo perfeccionando y consolidando.

Lo verdaderamente esencial del método que siempre hemos preconizado y que estábamos poniendo en práctica, es la continuidad. Partir del hecho fundamental de la desaparición de la propiedad privada y de la política democrática parlamentaria, entregando el poder a la colectividad decidiendo plesbiscitariamente y, una vez realizado esto, reanudar la vida ordinaria en forma idéntica a la del día anterior, para que la máquina pueda seguir funcionando con normalidad, introduciendo luego paulatinamente las reformas sucesivas impuestas por el nuevo orden de cosas.

Lo primero que en esos ocho días había habido necesidad de hacer, en el orden de dichas transformaciones, había sido que los antiguos empleados de los bancos, compañías de seguros, cajas de ahorro, agencias de Bolsa y todos los establecimientos puramente financieros, sin razón de posterior existencia, cerrasen las operaciones de sus respectivos establecimientos con un inventario y balance general, siendo guardados debidamente los metales preciosos y quemados todos los billetes de banco y demás títulos fiduciarios y siendo destinados tales empleados a otros organismos, principalmente, por su preparación, a las oficinas de estadística del Consejo técnico local.

Nos fue necesario movilizar algunos cuadros orgánicos para lograr que jueces y magistrados desalojasen lo que ellos llaman palacio de Justicia y para que los empleados de prisiones dejasen salir a la calle a los camaradas que tenían encerrados.

En las Asambleas que casi todos los días se celebraron por la noche para deliberar sobre tantos puntos como era preciso definir, fueron ya atreviéndose a ir los antiguos burgueses y osando exponer su opinión y discutir. La cuestión más peliaguda fue la concerniente a las religiones positivas. Pero la mayoría aplastante de los nuestros acabó por imponerse.

Nuestro Sindicato de Intelectuales era el que había congregado más ex burgueses y personal que, sin ser burgués, estaba infeccionado por su ideología, y la discusión de la tolerancia de los cultos religiosos fue en su Asamblea una reñida batalla en la que yo tomé parte intentando sostener el prestigio de nuestro Sindicato. Los adversarios a mi tesis me apedreaban con la palabra libertad y con el substantivo tolerancia. Yo les argüía que no puede ser tolerado ni permitido libremente el que se engañe afirmando lo que no se puede demostrar. Sin embargo, habían acudido a nuestras filas tantos frigios, que el acuerdo de nuestra Asamblea fue arrollado por el de los otros sindicatos de obreros manuales que opusieron unánimemente el voto de sus numerosos votantes, y fue prohibida la práctica de la religión.

Habían pasado ocho días y la Guardia Civil seguía encerrada en sus cuarteles sin rendirse ni consentir en parlamentar. Esto nos obligaba a mantener frente a dichos cuarteles guardias permanentes de nuestros cuadros orgánicos armadas de ametralladoras, carros de salto y cañones. Se había vuelto la tortilla y entonces éramos nosotros quienes disponíamos de medios tan convincentes.

En aquellos ocho días habíamos ido enterándonos con inmensa emoción de la marcha del movimiento en toda España.

Yo, todas las mañanas, tras de desayunarme, leía de cabo a rabo la «Soli» que, al no tener que luchar con las dificultades financieras ni con la persecución de las autoridades. Se había transformado en un periódico magnífico que era el generalmente preferido y que tiraba 200.000 ejemplares.

De Madrid nos llegaban telefónicamente noticias de talladas de cuanto ocurría, transmitidas con consentimiento del Gobierno que se dio cuenta de que era imposible evitar que tales noticias llegasen a nuestro poder y que tenía interés en recibirlas también de toda España. Los trenes entraban y salían también en Madrid, aunque sin pasajeros, pero, con mercancías. Los habituales suministrantes de abasto continuaban remitiendo cuanto Madrid necesitaba consumir y cobrando su importe, según instrucciones del Comité Nacional, siendo destruido el dinero, lo que no le preocupaba al gobierno dictatorial porque tenía en su poder las planchas para imprimir los billetes y no le importaba gran cosa acudir a la inflación.

Durante aquellos ocho días había reinado el orden más completo en toda España y se había trabajado en todas partes. Sin embargo, en algunas localidades, habían tardado más tiempo en sublevarse los soldados que en Barcelona, mientras que en los distritos rurales la Guardia Civil había sido desarmada desde el primer momento. Ya había informado al gran Chichito ante la ponencia encargada de dictar las normas que podían impedir toda estafa en el uso de los bonos y había sido propuesto a un pleno local el que estos fuesen unidos a una matriz que debía conservar y devolver el usuario para recoger a cambio de ella el bono de la semana siguiente, y que para todo pago debía ser desprendido el bono divisionario de la matriz a la vista de quien cobrase, careciendo de valor los bonos sueltos desprendidos de ella. Así

se evitaba que los dependientes distribuidores pudiesen gastarse los bonos recaudados.

También se montó un servicio de inspección autorizado para visitar en cualquier momento cualquier establecimiento y proceder a un arqueo e inventario aproximado, con miras a evitar el que los dependientes de la distribución pudiesen llevarse a sus casas los géneros. A Chichito, no sólo se le permitió atravesar la frontera, sino que fue enviado a ella como indeseable acompañado de dos militantes.

Con ser tan grave lo que ocurría en Madrid, no nos preocupaba tanto como la actitud del extranjero frente a nuestro movimiento. Las noticias que nos daba la prensa acusaban una expectación enorme. En todas partes despertaba nuestra gesta el entusiasmo de las masas proletarias y el espanto de la burguesía y de los políticos pero parecía que no se atreverían a intervenir y a agredirnos por miedo a que estallase en su casa la revolución. En todas partes esperaban con impaciencia los burgueses que fracasase nuestro movimiento, esperanza que sostenía a los socialistas de Madrid en su actitud, pero, conforme iban pasando los días, se iba desarrollando nuestra vida con orden perfecto e íbamos viviendo sin que el mecanismo de la economía sufriese quebranto alguno, tales esperanzas iban siendo sustituidas por el pánico. ¿Tendría el dictador que volver a estucar?

Transcurridos aquellos ocho días, el comité Nacional envió una comunicación a todas las Confederaciones regionales encareciéndoles que a la mayor brevedad celebrasen plenos para resolver sobre la conveniencia de celebrar un Congreso Nacional para tratar el tema de si se debía realizar una marcha sobre Madrid de todos los militantes armados de España para implantar de una vez allí el comunismo libertario y acabar con la tiranía impuesta por la fuerza pública.

LIBÍDINE

Aquella tarde subía a pasear por los jardines de la antigua Exposición de Montjuich. Y no está bien dicho esto de subir, porque casi estaban a la misma altura de mi casa, calle de Luis Capdevila: pero es que antes había bajado a comer.

Lo hice en un restaurante barato, como de costumbre. Comiendo en tales lugares comidas corrientes, sólo hay que pagar una pequeñez correspondiente a las horas de trabajo de la dependencia repartidas entre todos los parroquianos, ya que la carne, las verduras, las legumbres, el pan, el aceite, la manteca, el carbón, y todos los elementos ordinarios de la alimentación, los retiraban de los mercados y de las tiendas sin pagar nada por ellos. Pero, cuando desea uno comer extraordinarios, cosas delicadas, sesos, perdiz, langosta, entonces hay que pagar en horas de trabajo lo correspondiente a su cotización en el mercado, o comprarlo y llevarlo para que se le condimenten a uno. De todos modos, yo que como casi siempre cosas así, porque no tengo un hueso en la boca y necesito manjares especiales, entre los que predominan los huevos que no abundan y van caros por la escasa producción nacional, como todos los días una cantidad de poco más o menos media hora de trabajo.

Aquella tarde subí a pasear por los jardines de Montjuich en los que me tropecé con un guardia antiguo amigo mío con el que enredé conversación.

— ¿Qué tal le va, señor Eustaquio? —inquirí.

— Desesperado, señor Rizo.

— ¿Y eso?

— Porque no sabe uno a qué atenerse.

— ¿Qué le ocurre, hombre?

— Antes era uno una autoridad y ahora me han dicho que debo limitarme a cuidar de las plantas sin preocuparme lo más mínimo de lo que hacen las personas.

— ¿Y qué más puede usted desear? Su nueva misión debe ser mucho más descansada. Las plantas son mucho más tratables que los hombres.

— ¡Ah, si no hubiera más que plantas! Pero es que abundan aquí los hombres y las mujeres y ¡dan cada espectáculo!

— ¿Y eso le preocupa a usted?

— Yo estaba acostumbrado a velar por la moralidad pública. Y si le suena mal lo de moralidad, por la decencia. Y ahora me veo obligado a soportar cada escenita…

— Ya se irá acostumbrando —le dije sonriente.

— Pero yo me pregunto con indignación por qué, ya que ahora hay libertad absoluta, no se van a las Ramblas a dar el espectáculo.

— Hacen mal en no irse, pero es que aún quedan residuos del pudor convencional burgués. Pero vamos: explíqueme qué es lo que pasa por aquí que tanto te molesta.

— No necesito explicárselo, mejor es que lo vea por sus propios ojos y después me dirá si no es una cabronada el soportarlo.

— Vamos a verlo, guíame. Compartiré gustoso la cabronada contigo.

— Venga usted por aquí.

Nos metimos por entre una espesura y nos asomamos a un calvero en donde los desnudistas lucían sus líneas naturales.

— ¿Ha visto usted gente más fresca? —me preguntó.

— Mire usted, señor Eustaquio…

— ¿Por qué no sigue tuteándome?

— Mi tuteo es familiar y cariñoso y en este momento me siento infinitamente distanciado de usted. Este espectáculo es magnífico y, si no recordara las teorías de Viura sobre el desnudismo estético o no tuviera conciencia de que desnudo estaría yo hecho una birria, ahora mismo me desnudaría para alternar con esa gente. Eso es salud y belleza pura.

— Eso es porquería, don Alfonso. No lo hacen en busca de la salud ni por amor a la belleza, sino por verse, calentarse y cachondearse. Luego se esconden en las enramadas y ¡nada! A lo mejor ve usted un desnudista rijoso que se vuelve avergonzado de espaldas…

— Y como decía Viura —interrumpí yo—. No se trata ya de los griegos con tan poquita cosa, sino que hay cada tío…

— Mire usted por aquí. En cada uno de esos bancos hay una pareja. Yo, antes, vigilaba celoso para impedir inmoralidades. Ahora parece que esperan ver cómo me acerco para besarse y abrazarse y agarrarse… Pero es que parece que se han dado sindeticón en los labios.

— Ya es usted viejo, pobre Eustaquio.

— Y he de ver manchadas mis canas por estas porquerías…

— Esto no mancha, hombre. Tonifica. Es la verdad y la vida. Y esos desnudistas que se encalabrinan, si continúan, encontrarán en el desnudismo el remedio a su mal. Ahora están, sencillamente, padeciendo una indigestión de vestidismo.

— Mire usted. Ahí, tras de ese matorral, casi siempre hay una pareja revolcándose. Hasta, a veces, forman cola esperando turno.

— Me parece mal. Se trata de un homenaje al pudor burgués que debiera haber desparecido ya. Ningún castigo recibirían si se acoplaran a la vista de todos. Aún subsiste el pudor tan cercano al gato, tan lejano del perro.

— ¿De manera que usted no se escandaliza por nada?

— Sí: me escandalizo del pudor de los que se esconden para realizar lo más augusto y bello de la vida.

— Pues venga por aquí y contemple este cuadro.

— Me da náuseas, Eustaquio. Es repugnante. Pero has de reflexionar en que esos hombres obran impulsados por instintos que son en ellos dominantes. Constituyen aberraciones y deformidades, sin que sea la culpa suya. Y ten en cuenta —digámoslo muy alto, con toda la

sinceridad anarquista sin miedo a torcidas interpretaciones—, que no se trata de raras excepciones, sino de algo general de lo que todos tenemos algo, poco o mucho. Antole France, en «Sobre la piedra inmaculada» cuenta que Zeus había fabricado todos los órganos del hombre y de la mujer por separado y que, cuando los acopló para terminar su obra, víctima de ciertas liberaciones que le hizo ingerir Dionisos, se equivoco lamentablemente, con lo que todo macho tiene algo de hembra y toda hembra de macho. Pío Baroja ha escrito que hay muchos hombres histéricos (Histerum=matriz) y muchas mujeres que tienen la mar de reaños. Es así. Todos tenemos también la necesidad de defecar todos los días. Aquí sí que hay que agradecer el pudor que les hace esconderse en estos bosques. Aquí sí que te compadezco, Eustaquio.

— ¿Pero, el comunismo libertario, la colectividad, quien sea, no debiera prohibir esto, impedirlo?

— Podemos no sentir lo que ellos sienten, pero lo libertario está más alto que todo y todo cabe en ello, siempre que no exista coacción ni tiranía.

— Ya verá usted cuando acaben de perder la vergüenza y bajen por las Ramblas…

— Escúchame: Si tengo la manía de dar gritos estridentes, lo que sé que le molesta a otras personas, me vendré por aquí a darlos y no lo haré por las calles concurridas. En ellas me expondría a recibir un coscorrón. No temas que bajen. Pobre Eustaquio, esto queda reservado para espectáculo tuyo.

— Pediré mi traslado.

— O gestiona el cambio, la permuta. Tal vez habrá por ahí quien aquí estaría en sus glorias…

LAS FIERAS SANGUINARIAS

Los primeros días era pintoresco y regocijante ver a los obreros dueños de poderosos armamentos custodiando los cuarteles de la Guardia Civil, pero pronto resultó ya molesto y cansado, acordándose definitivamente obligarles a rendirse.

Para ello se recurrió al procedimiento de dejarlos sin agua, y no tardaron en capitular. Conferenciaron por teléfono con el Comité local, pidiendo que fuesen respetadas sus vidas y se les manifestó que se les permitiría abandonar sus cuarteles uno a uno, vestidos de paisano y sin armas, asegurándoles que no les sería inferido daño alguno en sus personas.

Se corrió la voz, y acudió una multitud inmensa a verlos huir. El pueblo les conservaba una rabia atroz, sin que por eso pensara en otra venganza que la del oprobio. Aquella multitud acudió con el único deseo de verlos huir acobardados, con el rabo entre las piernas, llenos de humillación.

Cuando llegó el momento, conforme iban saliendo, uno a uno, resonaron estridentes silbidos y un vocerío ensordecedor que los llenaba de insultos. Los obreros de los cuadros orgánicos contenían al público que, en ocasiones, borracho de ira y desprecio, sentía tentaciones de acometerlos.

El éxodo duró largo rato, con inmenso regocijo de los espectadores, y los fugitivos, tras de correr como gazapos, se perdían doblando la

primer esquina que encontraban, huyendo presurosos a esconderse en el anonimato de la multitud de las calles céntricas.

Pero, cuando salió el último de los fugitivos, aún quedaban en el cuartel unos cuantos que no querían huir. Eran lobos viejos que un Estado bárbaro y cruel había moldeado y anquilosando en rancios conceptos y en odios salvajes. Ellos no se dejarían silbar. Ellos morirían defendiendo su orden, mártires de su deber, y quién sabe si su golpe de audacia haría reaccionar a los hombres de bien y acabaría aquella anarquía indigna. O tal vez era que, como no tenían agua, se habían bebido todo el ron de la cantina.

Pero el hecho fue que, de repente, se abrió de par en par la puerta y se precipitó sobre la multitud un pelotón de salvajes a caballo repartiendo sablazos con el brazo derecho y disparando sus pistolas con la mano izquierda.

Fueron momentos de horror que recordaban a aquellos juramentados de Joló que, tras de despojarse con la muerte y hacer vendar todo el cuerpo para contener la hemorragia, entraban en Manila sable en mano matando, hasta morir, a cuantos encontraban por delante.

Estos otros salvajes también sabían que habían de morir, pero para su alma embrutecida por toda una vida de autoritarismo y sublimada por el ron, se trataba de un verdadero caso de heroísmo.

Mientras la multitud huía despavorida, nuestros militantes armados no se atrevían a hacer fuego sobre los salvajes temerosos de herir a los paisanos, pero se corrieron con el auto blindado cerrándoles la retirada al cuartel. Cuando la multitud dejó el campo libre… entonces… fueron cazados con ametralladoras.

Eran doce jinetes que ocasionaron diez y seis muertos y cuarenta heridos. Pero cada uno de los doce recibió treinta o cuarenta balazos. Las ametralladoras se ensañaron de verdad.

La barbarie, al morir, tenía gesto gallardo de barbarie.

SIGUEN PASANDO LOS DÍAS

Los ex policías.

Una de las herencias más molestas que nos ha dejado el antiguo régimen, es la de los antiguos policías.

Tienen tan aferrado el espíritu esbirrista que les es imposible dejar de ser policías.

Tanto los que trabajan como los que no trabajan, se manifiestan baja y adulonamente partidarios del nuevo estado de cosas y se mueven continuamente investigando e inquiriendo y nos acosan con la denuncia de mil fantásticos complots.

Son la más mala peste que existe, porque con sus infames intrigas siembran la desconfianza y le hacen a uno dudar hasta de sí mismo. Yo creo que obran de buena fe, pero que tienen infeccionado el espíritu por la «bofia» que le ha saturado durante el ejercicio de su profesión.

Son tan nocivos que pienso seriamente proponer en mi Sindicato la sugerencia de que deben ser puestos al otro lado de la frontera para que se vayan a buscar a Chichito.

¡Tan buenos amigos como eran!

El hampa.

En cambio, los hampones, los chorizos, los atracadores, los trinxeraires, los golfos, los mangantes, los espadistas, los topistas, los descuideros, los mecheros, los de la full, los carteristas, los timadores, los tomadores del dos, los mendigos, los jugadores de las tres cartas, toda la hez de la sociedad capitalista, son los mejores y más entusiastas comunistas libertarios.

Pero lo son de verdad, con el corazón rebosante de gratitud al ver que pueden en el nuevo régimen dignificarse, que no necesitan robar, porque se les da lo que es suyo, aquello a que tienen derecho como todos los hombres, lo necesario para vivir, y no son mirados con el desprecio con que los asfixiaba el régimen capitalista.

Son, en general, poco amantes del trabajo, pero todo es cuestión de encontrarles alguno que no sea muy cansado. Muchos de ellos hacen excelentes dependientes de taberna, pero les tira más el oficio de pinches de cocina y dependientes de comedores económicos. Han salido del infierno dantesco del hambre cotidianamente amenazadora y gozan interviniendo en las operaciones culinarias. Uno de ellos manifestaba que su gran ilusión sería estar encargado de repartir los bonos cada lunes, por la ilusión refleja del dinero.

Y el caso es que casi todos ellos, antes de ser hampones tenían un oficio. Son desertores del trabajo por rebeldía. Constituían una derivación hacia el apachismo de la corriente protestaría anárquica.

Los viajes por tren.

El billete para viajar en tren hay que sacarlo en el Sindicato y consiste en una autorización para efectuar el viaje señalando las fechas de la ida y de la vuelta.

De una manera muy general, todos los Sindicatos han interpretado esta facultad de concebir permisos de una manera muy restrictiva en los días laborales y con gran amplitud en los festivos. Los días de trabajo únicamente viajan quienes alegan en su sindicato razones poderosas y perentorias, tales como la enfermedad de algún pariente, la necesidad de una consulta facultativa, o de realizar determinada adquisición y los motivos oficiales.

Para la adquisición en Barcelona de objetos de escaso valor, se ha establecido la costumbre de comprarlo con el bono de distribución de un amigo barcelonés a cambio del regalo de alguna pieza de caza, de alguna cesta de fruta o de unos huevos. Cuando se trata de algo de valor elevado, son entabladas negociaciones entre las dos federaciones locales para realizar un intercambio con igualdad de horas de trabajo.

Pero los domingos se acostumbra a conceder permiso a quien lo solicita y los trenes salen de Barcelona y entran en ella abarrotados de viajeros.

En toda la región próxima, hasta donde puede realizarse el viaje de ida y vuelta en el tiempo de descanso dominical, está implantado el comunismo integral, sin bonos de distribución, salvo contadas excepciones. Los visitantes domingueros son recibidos fraternalmente y casi siempre convidados en casas particulares con abundante comida gratuita.

Los que viven en Barcelona, comen en los restaurantes baratos y casas de comida en donde, no pudiéndoles cobrar nada por el trabajo de condimentar, puesto que carecen de nuestros bonos de distribución, tiene que contentarse el fondista con algo de lo que traen, que siempre es substancioso.

Ya se ha pensado en lo interesante que es descongestionar Barcelona, por lo que se concede permiso a quien lo solicita para trasladar su residencia fuera de ella, siempre que presente autorización del Comité local del sitio a donde piensa ir y, en cambio, se regatea mucho la concesión de permiso para venir aquí a vivir, para lo que se necesita alegrar razones de verdadero peso.

Los taxímetros.

No hay más automóviles particulares que los oficiales y los de los médicos. Todos los demás han sido requisados y, en cambio, han sido dotados de coche los médicos que carecían de él. Pero los chóferes de los médicos tienen orden de que solamente éstos en persona puedan utilizarlo.

El sobrante de los coches requisados ha sido provisto de taxímetros y dedicados al servicio gratuito de lo público.

Para tal servicio puede un taxi ser utilizado por el primero que lo encuentre exhibiendo el alquila, sin tener que pagar nada, pero con sólo derecho a una carrera en la que el taxímetro marque con arreglo a la antigua tarifa dos pesetas. Al llegar a esa cifra ha de apearse, o pagar lo que el aparato vaya marcando a razón de diez centésimas de hora de trabajo por peseta.

En tales condiciones es éste el medio de transporte preferido, pero solamente la casualidad permite su utilización, pues en cuanto se desocupa un coche vuelve casi en seguida a ocuparse.

He oído hablar de que el Comité local, cuando pueda contar sobre seguro que Barcelona produce más de lo que consume, propondrá encargar una buena partida de coches para intensificar y mejorar el servicio.

Por ahora hacen los chóferes tres turnos de ocho horas.

Para que un taxi salga del distrito municipal de Barcelona, hace falta un premiso especial del Comité local.

Los ex policías han hecho infinidad de denuncias de pequeños abusos, a los que no se les da mucha importancia. Dichos señores se creen que siguen en activo y se meten en todo.

La vivienda.

El comité de la habitación tiene el trabajo más ingrato de estos días. Recibe continuas visitas de camaradas que piden mejora de vivienda y se han de pasar el día recorriendo las casas burguesas acompañados de los arquitectos y maestros de obras, proyectando reformas que permitan aprovechar mejor el terreno.

Lo primero que hizo al construirse fue en el suyo la visita de un delegado del Comité. Si puede ser su casa acondicionada mediante reformas, se avisa inmediatamente al Sindicato de la Construcción y no tardan en llegar los albañiles a mejorar la casa. En cambio, cuando no hay arreglo, el solicitante entra en turno.

Así se va repartiendo poco a poco de una manera equitativa la vivienda de Barcelona, mientras el Comité Nacional estudia la manera de descongestionarla y consulta a todas las localidades de España qué industrias indicadas a las condiciones del país pudieren interesarles que se trasladase a ellas desde aquí con su instalación y sus obreros, para lo que deberán admitir en su comunidad los operarios de la construcción que sean enviados para levantar los edificios necesarios para la fábrica y para las viviendas de los trabajadores.

En cuanto a pequeñas deficiencias de orden municipal, el Comité local se ha visto forzado a descongestionar su labor creando delegaciones de barriada que resuelvan los mil incidentes cotidianos que acudían a él con mil impertinencias.

Las delegaciones de barrada han tenido, a su vez, que crear comités de barrios, y así se va estructurando la nueva organización, pero bien entendido que no se trata de autoridades al antiguo estilo, sino de meros organismos administrativos.

Una interviú con Ossorio y Gallardo.

La «Soli» ha publicado una curiosa interviú con el viejo cuco que es de lo más pintoresco que se puede imaginar.

Dice el señor Ossorio que en su casa hasta el gato se ha hecho comunista libertario, pero que él sigue fiel a su ideología de siempre.

Abomina por razones ideológicas de la dictadura imperante en Madrid y asegura que prefiere a ella el comunismo y hasta la anarquía.

Ha manifestado que el comunismo libertario merece todos los respetos por cuanto, aunque nueva, constituye una verdadera juridicidad.

Teme el fracaso por desorganización administrativa, aunque no puede menos que admirar la perfección con que viene funcionando estos días el mecanismo económico nacional.

El viejo jurista se encuentra camino de Frigia de vuelta de Damasco.

UN CRIMEN

En un saloncito del edificio que es hoy Gobierno Militar, se había instalado nuestro Sindicato de Obreros Intelectuales que, con la sindicación obligatoria, había llegado a los cien mil afiliados, estábamos reunidos aquella tarde los que componíamos «la vieja guardia».

Éramos los antiguos militantes de los tiempos heroicos que habíamos sabido darle vida a la institución y sostener su fuego sagrado con esfuerzos hercúleos, luchando con los incontables arribistas y politizantes que acudieron en aluvión en los comienzos, defendiendo al organismo de los bolcheviques que pretendían infiltrarse, desenmascarando a Marx Bembo y supliendo con cuotas extraordinarias la escasa cotización.

Estaba allí Puig, el místico del anarquismo; Soriano, el impulsivo; Llorca, el antiguo militante; el gran Peña, tan chico; Piñon, tan inteligente y tan entusiasta; Riquer, el filósofo; Vidal que radiografiaba el anarquismo para analizarlo en sus entrañas; Viura, el amante de los gatos; Arregui, apasionado y expresivo; Federica Montseny, la mujer fuerte de alma de fuego; finalmente, yo, el soñador, amigo cocinero chiflado.

Debo hacer una observación que aclare algunas dudas: Tras de muchas vacilaciones y tanteos, la Confederación de había organizado por industrias, obteniendo así la fuerza que nos había dado el triunfo, pero dicha organización no era incompatible con los ramos, y hasta

necesitaba complementariamente que éstos estuviesen también organizados, razón de que subsistiese nuestro Sindicato.

El escritor que era contratado por una casa editorial y el periodista que era redactor de determinado periódico, pasaban, lógicamente, al Sindicato de Artes Graficas, pero continuábamos perteneciendo al de Intelectuales quienes escribíamos libros o folletos sin editor fijo y quienes colaboraran en revistas, porque, en realidad, ejercíamos una profesión liberal haciendo una producción que colocábamos donde podíamos, completamente desligados de los editores y de las empresas periodísticas.

Sin la existencia de nuestro Sindicato, al ser obligatoria la sindicación ¿dónde se hubieran afiliado los dibujantes que tanto pueden trabajar para un arquitecto como para una fábrica de tejidos o para una editorial? Así, en el Sindicato de Intelectuales estábamos cuantos trabajábamos cerebralmente sin estar asalariados. Los que cobraban salario o sueldo de una empresa, pasaban al Sindicato de la industria correspondiente. En el nuevo Régimen, no existiendo ya salarios ni sueldos, subsistía la misma diferencia característica y el campo de nuestro Sindicato permanecía perfectamente definido.

Estábamos reunidos y consagrados a amena y grata charla cuando llegó procedente de la calle Benigno Bejarano trayéndonos las últimas noticias.

Después de doce días de comunismo libertario, en Barcelona, ciudad de dos millones de habitantes, se había cometido el primer crimen.

Se trataba de un matrimonio mal avenido que ella había decidido romper, y el marido, dominado por los celos, la había cosido a puñaladas. Después se había presentado en su Sindicato —el del Vidrio,

dando cuenta de lo que había hecho y pidiendo que el mismo Sindicato decidiese su castigo.

El Secretario, con muy buen acuerdo, le había manifestado que el Sindicato no era quien debía juzgar, sino la propia conciencia de quien había cometido aquel acto. Que él mismo le encomendase a su conciencia el juicio y obrase en consecuencia.

Nos contaba Bejarano que aquel hombre salió de secretaría con las facciones descompuestas y ademanes de loco y todos creyeron que iba a suicidarse, cuando lo que hizo fue irse a una taberna a intentar ahogar sus penas en alcohol.

— El comunismo libertario —dijo Puig—, tiene para estos casos el castigo más terrible precisamente en su indulgencia. Con el autoritarismo, el que hacia algo malo, tenía una manera de pagar el mal hecho y liquidar su culpa. Ahora, quien hace algo mal hecho, como nadie le pide cuenta de ello, ha de recurrir ante el tribunal de la propia conciencia, que es el más severo de los tribunales. Ese hombre se ha emborrachado intentando que el alcohol apagase la voz de la conciencia. Si no se suicida, será muy desdichado escuchando todos los días su acusación.

— Y menos mal —dije yo—, que no se trata de un crimen misterioso. Si llega a darse, los ex policías tendrían oportunidad para marearnos investigando lo que a nadie le importa en complicidad con los reporteros enviciados por una costumbre arcaica e invencible.

Luego pasamos a hablar del Congreso Nacional que se celebraría el día siguiente y para el que habíamos nombrado delegados a Puig y a la Montseny.

CAMINO DE MADRID

El Congreso Nacional, que se celebro en Barcelona con innumerables delegados que se reunieron en el teatro del Liceo y pudieron entenderse gracias al uso de potentes altavoces, fue un acontecimiento grandioso que consolido el movimiento comunista libertario dándole la base inconmovible de la unánime voluntad de la inmensa mayoría de la nación.

El él dijo el Comité Nacional que la nueva fórmula de gobierno había sido reconocida por la República de los Soviets que nos había ofrecido el envío de su petróleo a cambio de productos siderúrgicos, con lo que se presentaba resuelto un difícil problema de nuestra economía. También manifestó que no existían recelos de hostilidad por parte de Francia que necesitaba reconcentrar toda su atención sobre la Alemania hitleriana.

Los delegados se mostraron parcos en el uso de la palabra y, ante la prematura de las circunstancias, fue acordado por aclamación el que se marchase sobre Madrid desde el día siguiente, acampando en sus proximidades la mitad de todos los militantes armados de cada localidad de España, quedando autorizado el Comité Nacional para fijar la fecha del ataque que deberá ser dado a fondo contra las tropas del Estado en el caso de que éste osare resistir.

Se calculaba que la operación duraría todo lo más una semana y los asaltantes deberían proveerse de víveres para siete días, realizando el viaje cada uno en la forma que mejor le pareciese. Los componentes de los diferentes cuadros orgánicos se pondrían previamente de acuerdo

con sus comités técnicos para reunirse en lugar determinado. Como se ve, se trataba de una operación guerrera que tenía lo menos posible de militarismo y, sin embrago, por el número de los asaltantes y por su entusiasmo, tenía todas las garantías del éxito.

Yo, a pesar de mis años, por mi preparación debida a mi antigua profesión militar, además de formar parte de nuestros cuadros orgánicos, era precisamente el presidente de sus juntas técnicas, viniendo a ser así lo equivalente a general de las tropas que enviaba Barcelona contra Madrid.

Convinimos en que cada uno iría cuando y como le conviniese, quedando citados para reunirnos todos cuatro días después en Alcalá de Henares. El Comité local, tras consulta a un pleno de Juntas, puso todos los taxis de Barcelona a nuestra disposición.

Yo salí el día siguiente con el camarada Clariana, médico de nuestros cuadros, en su coche.

Era grandioso el espectáculo que ofrecían los caminos de España recorridos continuamente por una caravana de automóviles que se dirigían a Madrid, y en la que viajaban obreros provistos de fusiles Máuser y abundantes municiones, aparte de suculentas provisiones de boca.

Y todos ellos ardiendo en entusiasmo, lo mismo que la gente que los veía pasar ovacionándolos.

Y conforme nos aproximábamos al centro de España iba siendo la caravana más densa y el entusiasmo más vibrante. Todos nos saludábamos efusivamente llenos de camaradería. Todos éramos los militantes más antiguos de cada localidad, anarquistas convencidos, alma de la Confederación, procedentes casi todos de los tiempos

heroicos. Nos dirigíamos preguntas por nuestra procedencia y pedíamos noticias, y cada vez nos íbamos convenciendo más de nuestra fuerza invencible. Se nos había perseguido tanto que se nos había herculizado. Golpe a golpe de martillo es repujado el hierro y transformado en obra de arte. Nosotros habíamos sido repujados por nuestros adversarios los capitalistas y sus auxiliares de la UGT y habíamos sabido, pese a su voluntad y a su inconsistencia, adquirir la forma artística de un Hércules gigantesco e invencible. Hércules que congregaba sus dispersas moléculas para caer sobre Madrid, nido de la tiranía centralista, sentina del capitalismo y de la autoridad.

Era tal la influencia de coches, pese a tratarse de los primeros días, que no se podía correr mucho. Habiendo salido de Barcelona antes de amanecer, podíamos haber estado en Alcalá, en tiempos normales, al anochecer, pero nos anocheció unos cien kilómetros antes de llegar en una aldea alcarreña de donde no pudimos pasar por padecer una avería el motor que sólo podría ser reparada, probablemente en todo el día siguiente.

EL COMUNISMO LIBERTARIO DE LA ALDEA

¡Cuánto me alegré de que aquella avería nos hubiese obligado a detenernos allí! Me alegré porque tuve ocasión de vivir una de las manifestaciones más puras del comunismo libertario aplicado en aquel pueblecillo insignificante de una manera integral.

Apartamos el coche fuera del camino y, con nuestro fusil colgado del hombro, echamos pie a tierra pretendiendo ponernos al habla con el Comité local, preguntando al primer lugareño que encontramos.

— Aquí no existe eso —nos dijo—. ¿Para qué lo queremos? ¿Sirve para cuidar de que se cumplan los acuerdos de todos? Pues ya nos cuidamos todos de que se cumplan. Los cumplimos, y en paz.

— Nosotros —le dijimos— venimos desde Barcelona contra Madrid y hemos tenido una avería en el coche que nos obliga a dormir aquí y mañana emplearemos casi todo el día en arreglarlo. ¿Dónde podrían proporcionarnos camas?

— En este pueblo —nos dijo— no llegamos a los doscientos, entre hombres mujeres y niños y no disponíamos más que de diez fusiles incautados a la Guardia Civil, a cuyos miembros nos gozamos en darles algunas bofetadas como revolución, aunque sin ensañarnos. Así es que solamente han podido marchar sobre Madrid, cumpliendo el acuerdo del Congreso Nacional cinco de los nuestros, que han dejado cinco camas vacías. Como no son más que tres, aún sobran dos, no se preocupen.

— ¿Se respira aquí mucho entusiasmo por la causa?

— La causa es para nosotros la desaparición de los Civiles, del recaudador y del amo de la tierra. Y, además, saber que a cambio de las cosechas que enviamos a la ciudad, nos devolverá ésta productos de valor equivalente en horas de trabajo, es decir: que ganaremos como una diez veces lo que antes. Figúrense ustedes si estaremos decididos a sostener esta conquista que nos hace hombres. Pero vengan por aquí, iremos a mí casa y cenaremos.

— Traemos un repuesto de víveres, fiambres y conservas para siete días.

— Pues esta noche cenarán caliente. ¿Y en Barcelona, hay mucho entusiasmo?

— Prométame usted —le contesté— que irá a pasar unos días conmigo en las primeras vacaciones que se tome, cuando no apremie el cuidado del campo. Así podrá usted apreciar el entusiasmo que allí existe.

— Se lo prometo a usted ya que ese es otro nuevo lujo que se nos concede.

La clásica hospitalidad campesina estaba extremada entonces por la camaradería anarquista y por el desprendimiento natural de quien no tiene que calcular el dinero que gasta. Aquella familia campesina recibió nuestra visita como una inesperada y agradable sorpresa que rompía la monotonía de su vida y se esmeró en complacernos hasta hacernos temer la indigestión. Un pollo tierno y cebado fue guisado con arroz, aparte de unas morcillas fritas con patatas y en exquisito guiso de carne en adobo con pimientos. Luego queso del país, miel y frutas

abundantes y exquisitas, todo regado con vino moro y acompañado de rico pan integral de negra miga.

Tras de la cena, como la noche era espléndida y se había corrido la voz de nuestra llegada por el pueblo, nos sentamos de tertulia en la puerta de la casa con asistencia de casi todos los labradores que vivían en el casco del poblado, formándose un corro enorme en el que sostuvimos una charla extremadamente pintoresca. Aquellos labriegos eran casi todos analfabetos, pero tenían una inteligencia muy desarrollada que les permitía asimilar fácilmente las ideas más abstrusas. Pensábamos hace trece años que nuestro ideario encontraría serio obstáculo en la incultura del labriego para extenderse por el agro español, y sin embargo, aquellos hombres poseían una completa cultura social y conocían y sentían profundamente los ideales anarcosindicalistas. También se daba cuenta con facilidad de las dificultades que representaba para la implantación del nuevo sistema la popularidad de la gran urbe y nos preguntaban curiosos sobre el funcionamiento de nuestra economía, frunciendo el ceño con escama cuando les enseñábamos, un bono de distribución.

En aquella comunidad, el comunismo era integral y todo cuanto había que resolver era resuelto plesbiscitariamente en Consejo abierto, reunidos todos en la plaza del pueblo. De tales reuniones fue la más turbulenta la que acordó la expulsión del cura, a la que se oponían las mujeres en su mayoría.

Trabajaban todo el terreno del término municipal, acordándose en las reuniones las labores y el reparto equitativo del trabajo, anotando el maestro de escuela cuidadosamente las horas empleadas por cada uno para poder, en su día, determinar el valor de la cosecha. Ésta saldría algo cara por escasez de ganado y de maquinaria, que era, aparte de los abonos, lo primero que solicitarían de la Confederación regional.

Cada uno consumía lo que apetecía, sin que nadie se lo llevase en cuenta. Si alguno necesitaba ir a la ciudad a adquirir algo, podía llevarse unos cuantos pollos, unas docenas de huevos o lo que le pareciese para realizar el cambio. El maestro había adquirido así un aparato de radio que congregaba en la plaza a los vecinos para escuchar las emisiones.

El maestro, que nos fue presentado, era un pobre hombre en cuanto a cultura general, pero un pedagogo entusiasta y un anarquista convencido. Le costó trabajo, pero logró convencer a la comunidad de que los niños no debían trabajar hasta los diez y seis años, insistiendo vivamente en que fuese enviado por la federación nacional de maestros, otro que supiese más que él.

La tertulia se prolongó hasta bastante tarde y luego nos condujeron a unas camas tan altas, a fuerza de multiplicar los colchones, que el trepar a ellas era aventura de alpinismo.

El día siguiente, ayudado por el herrero del pueblo, reparó la avería nuestro chofer, reemprendimos la marcha a media tarde y pernoctamos ya en Alcalá, donde había ya numerosos militantes de los nuestros, esforzándose los alcalaeños en proporcionarnos hospedaje y convidándonos generosamente.

MI PRISIÓN

En Alcalá estaba también el Comité Nacional coordinando, por la delegación de la Asamblea, los esfuerzos de todos en la magna empresa; y, siendo necesario que alguno de nosotros se trasladase a Madrid para prevenir a los nuestros de nuestros planes, se pensó en mí por saberse que había residido muchos años en la capital y la conocía bien.

Marche por la tarde en automóvil hacia la villa del oso y del madroño y esperé a que obscureciera para penetrar en la barriada de Entrevías, lugar escogido por suponerlo de más difícil vigilancia. Tomé luego el metro en el Puente de Vallecas y me traslade directamente a la estación de Goya desde la que fui a pie a casa de mis antiguos patronos, gente para mí de absoluta confianza con la que tenía vínculos de amistad tan firmes que casi me hacían de la familia.

Después de saludarles y advertirles que dormiría allí, salí a la calle para realizar la misión que me había sido encomendada y anduve de acá para allá en un taxi, recorriendo el inmenso Madrid de dos millones de habitantes hasta la media noche, hora en la que cometí la imprudencia, confiando demasiado en el tiempo que faltaba para el asalto de Madrid, de entrar en el Café del Norte a tomar una copa de coñac.

Al poco de sentarme vi que en una mesa próxima se levantaba un parroquiano de pequeña estatura de un grupo formado por tipos mal encarados y se dirigía a mí.

— ¿Qué hace usted por Madrid, amigo Rizo? —me pregunto sin alargarme la mano.

Reconocí a Vivié, empleado de Obras Públicas sumamente clerical y cavernícola a quien conocí por el año 29 ó 30, y le alargue la mano contestándole:

— Un viaje de recreo, amigo Vivié. ¿Y usted qué hace ahora en Madrid?

Sin estrechar mi mano, muy serio, contestó:

— Ahora soy jefe superior de policía.

Me dio un vuelco el corazón e instintivamente acerque la mano al bolsillo donde guardaba la pistola, pero uno de los esbirros que acompañaban a mi antiguo amigo lo notó y se levantó también. Colocándose a mi lado, amenazador.

— Amigo Rizo —me dijo el jefe superior con su vocecilla hipócrita y melosa—. Vosotros en Barcelona sois unos alocados que no os preocupáis porque podamos espiaros. Así es que creo que no le extrañará el que esté bien enterado de cuanto ocurre allí y sepa que es usted el presidente de la junta técnica de los cuadros orgánicos, cargo equivalente al de general en jefe de sus fuerzas militares. En tales condiciones y conociéndose el ataque que preparan contra Madrid las fuerzas anarquizantes, no le sorprenderá que me vea obligado, con gran sentimiento, a ordenar su detención.

— Perfectamente —le dije—, veo que he caído en el garlito y no me hago ilusiones sobre la suerte que me espera, pero antes de ser conducido le ruego que me escuche unas palabras.

— Diga usted.

— ¿No era usted antes clerical y carlista?

— Sí, ciertamente —contestó—, pero ahora soy socialista. No debe extrañarle a usted, dado el concepto que tienen de los políticos los comunistas libertarios.

— Se equivoca usted, amigo Vivié. Nosotros tenemos un concepto pésimo de la política y no de los políticos. A éstos, en general, y salvo las excepciones naturales, les creemos de buena fe y equivocados. Seguramente usted ha evolucionado también de buena fe, celebrando que lo haya hecho hacia la izquierda.

— Será usted conducido a los calabozos de la Jefatura —me manifestó sonriendo hipócritamente—, y le prometo, en recuerdo de nuestra antigua amistad, que no será maltratado. Pero en cambio debo manifestarle sinceramente que veo su asunto muy negro.

— Yo también —contesté sonriendo estoicamente—, pero me da lo mismo desde el momento en que tengo la seguridad de que la victoria será nuestra.

EN CAPILLA

Me condenaron a muerte sin que me sobresaltara mucho la idea de ser fusilado, porque toda mi vida he tenido el presentimiento de que acabaría así, habiendo tenido tiempo de acostumbrarme a la idea y pareciéndome la forma más bonita y pintoresca de morir.

Me satisfizo el que nuestros enemigos me reconocieran el grado de general que yo no ostentaba, juzgándome en juicio sumarísimo un Consejo de guerra de Oficiales generales y siendo mi defensor Matilla, mi antiguo compañero en la Academia de Ingenieros.

Al medio día entré en capilla y al amanecer del día siguiente sería fusilado en el patio de la cárcel, en la que me encontraba encerrado.

Me visito Vivié que intento convencerme de que aceptara los auxilios espirituales, haciéndome perder la serenidad estoica de que había sabido revestirme.

— Si veo un cura o un fraile por aquí —le dije malhumorado— no respondo de lo que haré con él.

Después de la experiencia realizada, notando en mí mis dos personalidades correspondientes a la época de mi vida, y sabiendo que mañana iba a morir, no podía ya soñar en despertar diez años después, como no fuese en espíritu, cosa que me sería muy desagradable si era posible, porque me demostraría que estaba equivocado al abrigar el

consolador convencimiento de que la vida espiritual acaba con la física, de que el alma desaparece cuando se muere el cuerpo.

Pero, hablando con el Jefe Superior de Policía, se me ocurrió la idea de que si me habían de fusilar en 1945, no tenía para que dejar que fusilasen a la vez mis dos personalidades, ni necesidad ninguna de experimentar en 1932 la anticipada sensación de la muerte. Además me preocupaba la duda de si después de muerto podría volver a despertar.

Con verdadera impaciencia esperé el resultado de las gestiones de Vivié, entretenido en jugar al ajedrez.

No me preocupaba nada en pensar en que me fusilarían el día siguiente, mirando el hecho por mi personalidad de 1932 y confiando en vivir aún trece años y volver a ver cómo triunfaban nuestros ideales.

Me preguntaron si aceptaría la visita de los hermanos de la Paz y la Caridad y conteste que aceptaría con gusto cualquier visita, pero advirtiéndoles que si querían hablarme de Dios tendrían antes que ponerme camisa de fuerza o boxear conmigo. Dos centinelas me guardaban continuamente con las bayonetas caladas. El Director de la Cárcel casi no se separaba de mí y me complacía jugando al ajedrez, aunque lo hacía bastante mal. Los periodistas acudieron también a hacer su información y sus visitas fueron para mí grato entretenimiento. Me resultaban interesantes y pintorescas las horas últimas de condenado a muerte. Aunque todos me aseguraban que me concederían el indulto. Todo Madrid estaba convencido de que sería un error inmenso el condenarme y, aunque inspiraba serios temores la tozudez del dictador, se confiaba en que a última hora accedería a firmar mi perdón.

CORRIENDO EL TIEMPO HACIA ATRÁS

Me quede dormido en el camastro de la cárcel vigilado por los dos centinelas, y el sueño —tal vez por la ausencia de las copas de Cazalla— fue menos pesado que el de la otra vez.

De manera que, si la otra vez recorrí los trece años que separan a 1932 de 1945 sin darme cuenta de ello, ésta, al ser menos profundo el sueño, no me sucedió así y fui recorriendo al revés todos los días desde 1945 hasta 1932 con vertiginosa rapidez.

Este vivir al contrario, viniendo tras de mañana el hoy y tras de hoy el ayer, así como la historia es sintética, resultaba un proceso analítico de la vida, en el que primero aparecían los efectos y más tarde las causas generadoras que los motivaban.

Muy rápida fue mi visión de esos trece años, viviendo absolutamente todas sus horas en el transcurso de una noche, pero viéndolo todo con una lucidez alucinante en una cabalgata fantástica del tiempo.

Cuando intentaba detenerme un momento, si contemplaba la calle, veía cómo todas las personas marchaban hacia atrás con la visita fija en lo que para ellas era futuro y para mí pasado, andando pata atrás y apartándose siempre con oportunidad para no tropezarse.

Presencié así cómo los procesos entraban voluntariamente en la cárcel y salían por mandato judicial conducidos por la policía a su casa. Vi cómo un pistolero recogía en su pistola las balas del cuerpo de un

cadáver que se levantaba lleno de salud y vida y emprendía indiferente e inconsciente la marcha para atrás. Vi cómo un borracho iba dejando el vino que le embriagaba en el vaso que el tabernero colocaba bajo el grifo por el que subía al tonel, hasta que el hombre se serenaba por completo y se marchaba, habiendo cobrado del tabernero una perra gorda por cada vaso de vino. Vi cómo en la escuela el maestro iba desensañando a los niños que iban siendo cada momento más jóvenes, próximos a introducirse en el claustro materno para deshacerse allí, tras de pasar por los estados embrionarios sucesivos de la escala zoológica, acababan transformándose en un espermatozoide que recogía el padre entre espasmos de placer.

Así, pues, el placer ya no se presentaba a mi vista como el objeto de la vida, sino como el substratum fijo y eterno sobre el que se movía el tiempo, con lentitud unas veces, otras, como entonces a mí me sucedía, vertiginosamente.

Viví, pues, en verdadero vértigo aquellos trece años, día por día, pero sin que mi memoria pudiese retener sino una vaga impresión de conjunto, sintiendo cómo se acercaba el año 1932, hasta que por fin llegó y, abriendo los ojos, me encontré en mi antigua habitación.

Poco después me había dormido en el camastro de la Cárcel de Madrid…

ESCRIBIENDO ESTE LIBRO

¿Había sido todo aquello un sueño? La semisomnolencia de los primeros momentos me conturbaba, pero aquella habitación era la misma en que me dormí cierta noche…

Era la misma habitación, mi habitación, con las paredes cubiertas de grabados que iba pegando unos sobre otros para atender a la actualidad de una manera permanente. La misma habitación con su amplia ventana que no cerraba nunca de día ni de noche y tenía al otro lado de la cabecera de la cama la mesa de trabajo.

Me arrojé de la cama, calcé las babuchas y me acerqué a la mesa de trabajo. Era efectivamente el día siguiente a aquel en que me acosté tras de cenar. Todo lo demás había sido un sueño ocasionado por el extracto de cáñamo que me había dado una visión del porvenir.

Allí, sobre la mesa de trabajo, siguiendo mi costumbre, se encontraban las doscientas cuartillas que había proyectado emplear en escribir este libro numeradas por mí previamente con lápiz en su ángulo izquierdo superior. A mi derecha estaba la máquina de escribir brindándome sus teclas.

También estaba sobre la mesa de trabajo mi calendario —bloque en el que tengo la costumbre de apuntar mis gastos diarios, mis ingresos y el remanente en caja. Con rápida mirada comprobé que aquello de las mil y pico de pesetas había sido un sueño. Solamente tenía unas treinta y tantas, sin otra esperanza de ingresos por ahora que la retribución de la

editorial por este libro que proyectaba escribir. Debería apresurarme a hacerlo para recibir su giro antes de que se terminase mi dinero.

Me vestí para trabajar dentro de casa, según mi costumbre. Arreglé la ropa de la cama. Recordé con todo detalle los gastos que hice el día anterior para anotar la cuenta en el bloque—almanaque, encendí un cigarrillo, introduje en la maquina la primera cuartilla y empecé a escribir…

Empecé a escribir este libro que ahora estoy terminando.

Para hacerlo, te diré, lector, que se trata de una visión fantástica del porvenir, pero que se trata de algo que forzosamente llegará si sigue el actual fermento de ansiedad por lo futuro, de inquietud por el porvenir, de deseos de saber lo que será el comunismo libertario, de ansia premiosa por estudiar por adelantado un plan para que podamos caminar mañana sobre terreno explorado y conocido, estos anhelos que pudriéramos decir que responden a un anarquismo constructivo y que son como el núcleo de cristalización del porvenir… Si esto sigue, si todos nos esforzamos en desbrozar el camino del mañana, tales síntomas son los del embarazo de la humanidad que ha de parir el comunismo libertario gloriosamente y en forma muy parecida a la que yo he contado.

Me he limitado a contar el advenimiento del comunismo libertario dejándolo en su cuna. Quizá otro día me complazca en contaros algo de dicho régimen ya fuerte, tal vez demasiado fuerte, obstaculizando la marcha hacia la anarquía, al narrar una historia de amor dentro de dos siglos…

FIN

ACERCA DEL AUTOR

Alfonso Martínez Rizo (Cartagena, 1877 - Barcelona, 1951) fue un intelectual, maestro e ingeniero industrial español, de pensamiento anarquista.

Hijo del escritor y republicano federal Isidoro Martínez Rizo, ha sido descrito como un «importante teórico anarquista» durante la década de 1930 en España.

Colaboró en publicaciones como *Orto, Estudios, Tiempos Nuevos* o *Biofilia*.

Durante la Guerra Civil Española, hasta finales de 1936, combatió en el Frente de Aragón con la Columna Durruti.

Fue defensor del naturismo y autor de *El amor dentro de 200 años* (1932) y *La urbanística del porvenir* (1932), entre otras obras. Teorizó sobre aspectos urbanísticos, posicionándose en contra tanto de las

ciudades demasiado grandes como de los bloques de pisos. Se le ha adscrito al urbanismo organicista.

Así como *1984* de George Orwell, contribuyó con los horrores que describía a evitar que ese modelo de sociedad se materializase una vez alcanzada la fecha fatídica, podemos decir que *1945*, la presente novela, también contribuyó, pero esta vez, a que lo que Rizo describía se materializase en la Revolución española de 1936.